

Mimosa

La joven hindú

**Autor: A. Carmichael**

Este relato verídico es la historia siempre nueva de un alma que se dejó ganar por el infinito amor del Salvador. Para comprenderla mejor, hemos pensado que sería bueno explicar un poco lo que son las «castas». Muchos años antes de la era cristiana, el pueblo hindú estaba dividido en cuatro sociedades: los sacerdotes, los jefes (magistrados y soldados), los agricultores y los vencidos. Las dos primeras «clases» dominaban las otras dos; la tercera gozaba de un monopolio que le aseguraba una buena posición. En cuanto a la cuarta, vivía completamente sometida. Estas divisiones comenzaron a causa de las diferencias de origen y por conquistas que obligaron a vencedores y vencidos a vivir juntos. Con el correr de los siglos, se subdividieron en fracciones muy pequeñas llamadas desde entonces «castas».

### **Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Introducción.....	5
Mimosa.....	7
El látigo.....	9
Pruebas cotidianas.....	11
La muerte del padre.....	13
Parpom.....	15
Usted no me engaña.....	18
La planta de tulasi.....	20
Mayil.....	22
Booz.....	24
¿No quemó la planta de tulasi?.....	27
Semillas divinas.....	28
La vasija que contenía el maná.....	31
El filo de la espada.....	33
Cuida a mi pajarillo.....	35
El remedio mágico.....	37
En casa de sus amigos.....	39
El que trae suerte.....	42
El torito gris.....	43
La marca de Siva.....	45
El que trae desgracias.....	47
La botella vacía.....	50
Él es mi sanador.....	52
El amor en el temor.....	53
Alabemos al Señor en todo tiempo.....	55
He aprendido a conocerlo mediante el sufrimiento.....	57
Las cinco rupias.....	59
La carga de Star.....	61
Cabeza de mula.....	62
Nuevos sufrimientos.....	64
Átate las sandalias.....	66

Oprimida, pero no desesperada .....	68
¿Es Mimosa? .....	70
Un vistazo al pasado .....	72
Adiós, hermanitos.....	74
El regreso de Mimosa .....	75
El amor vencedor.....	78

## Introducción

Este relato verídico es la historia siempre nueva de un alma que se dejó ganar por el infinito amor del Salvador.

Para comprenderla mejor, hemos pensado que sería bueno explicar un poco lo que son las «castas».

Muchos años antes de la era cristiana, el pueblo hindú estaba dividido en cuatro sociedades: los sacerdotes, los jefes (magistrados y soldados), los agricultores y los vencidos. Las dos primeras «clases» dominaban las otras dos; la tercera gozaba de un monopolio que le aseguraba una buena posición. En cuanto a la cuarta, vivía completamente sometida. Estas divisiones comenzaron a causa de las diferencias de origen y por conquistas que obligaron a vencedores y vencidos a vivir juntos. Con el correr de los siglos, se subdividieron en fracciones muy pequeñas llamadas desde entonces «castas».

A través de ellas vemos un reflejo de la costumbre que tienen los hindúes de clasificar las cosas en varios dominios. Por ejemplo: «las cuatro verdades fundamentales del budismo»; «las ocho etapas de la Noble Ruta»; «los dos grados de la teoría de orígenes»; etc...

Sea lo que sea, cada casta lleva una existencia estrictamente individual. Los matrimonios entre una y otra casta están rigurosamente prohibidos. Ningún individuo de afuera debe conocer las costumbres de la casta; esta costumbre rige también en los alimentos: algunos están permitidos, otros prohibidos. Así, la vida entera está sometida a los reglamentos más severos.

Si un hindú se casa con una mujer que no pertenece a su casta, sus hijos son considerados como seres inferiores. Los hijos de éstos a su vez, son aún más bajos, siguiendo así en decadencia hasta llegar a la categoría de «paria», a la cual ningún hindú respetable puede acercarse.

Si una mujer «paria» desea hacer compras en una tienda de un hindú perteneciente a alguna casta, jamás se acerca a él, ni siquiera entra en la tienda. Llama al vendedor, le dice lo que desea, deposita en medio de la calle cualquier recipiente y se aleja hasta que el vendedor coloque en él el objeto deseado. Sólo después, la compradora puede retirarlo.

Ningún extranjero puede hacerse hindú, o naturalizarse, según nuestra expresión moderna. ¿A qué sociedad o «casta» pertenecería? En efecto, no se podría ser hindú sin plegarse a alguna de ellas. Podría aprender el idioma indígena, familiarizarse con su filosofía, hasta adoptar la religión hindú, pero siempre sería un extranjero.

Para terminar, una palabra sobre el nombre del personaje principal de este libro. La mimosa es un arbusto de la familia de las mimosáceas que tiene la particularidad de replegar sus tallos y hojas en momentos de peligro, quedando visibles sólo sus flores amarillas, redondas y pequeñas, como un plumón de oro. A esta especie pertenecen la sensitiva y la acacia.

Esta planta corresponde exactamente al estado de la joven hindú ante tantas angustias; como pisoteada, doblada ante el huracán, pero victoriosa al beber del arroyo de aguas vivas.

## Mimosa

Estaba de pie al sol de mediodía cuando la vi por primera vez, radiante en su sari<sup>1)</sup> rojo y anaranjado, los brazos adornados con pulseras pulidas, como los usan las mujeres hindúes. Parecía un pájaro de los bosques, tan perfecta era la armonía de sus formas y colores; en sus ojos grandes y dulces se leía algo de lo que escondía su alma de niña.

Estaba de pie a la puerta de la casa misionera, aquí en Dohnavur, acompañada por su padre. Les dimos la bienvenida con alegría, pero también con cierto temor, pues ese hombre, un hindú alto y de mirada penetrante, nos causaba inquietud. Hacía algún tiempo había consentido dejar a su hija mayor, Star, para ser educada en nuestra casa; pero tenía todo el derecho de llevársela cuando quisiera.

Ese día, nuestro amigo el señor Walker fue a su encuentro con un gesto amistoso de bienvenida, pues darle un apretón de manos era imposible; habría significado una mancha para el indígena.

Los dos hombres pasaron al escritorio para conversar, mientras que me quedé con las dos niñas. Poco tiempo después, nos llamaron. La escena que contemplamos durante media hora nos llenó de angustia. Como en sus visitas anteriores, el hindú se levantó, fue hacia su hija mayor, extendió la mano para tomarla y llevársela, pero su brazo volvió a caer con una lasitud incomprensible. En otras ocasiones se había ido sin más; esta vez, en cambio, no pudo contenerse y exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Qué fuerza es ésta que me impide llevar a mi hija? Es como una parálisis que se apodera de mí...

—El Dios del cielo y de la tierra puso su sello sobre esta niña —le respondimos—, y su voluntad es que aprenda a conocerle.

El padre se sometió ante estas palabras permitiendo que la niña se quedase todavía con nosotros; pero no quiso dejarnos a la pequeña Mimosa. Con respecto a Star, observábamos escrupulosamente las costumbres de su casta, pues no podíamos actuar de otro modo frente a las ideas religiosas de su familia. Habríamos hecho lo mismo con la hermana menor, pero nos encontramos con un rechazo absoluto.

La niña, que había oído algo del amor de Dios durante ese día y que deseaba ardientemente saber más, suplicó:

—Padre, déjeme solamente algunos días para comprender un poco, sólo un poco, y luego volveré a casa.

–¡Qué locura! ¿Quieres avergonzarme? ¿No es suficiente el tener una hija aquí?

Todo el miedo que le tenía a ese padre severo, todo su temor de ofenderlo desaparecieron, y en su sed de saber, rogó otra vez:

–¡Oh padre!, ¡Padre!

Más indignado aún, el hombre repitió:

–¡Basta de avergonzarme, mira tu hermana! –y la aterrorizó con una mirada enfurecida.

Hubo un momento de doloroso silencio. Luego, mientras los despedíamos, Mimosa estalló en sollozos. Dieron unos pasos, la niña se volvió y, secando sus lágrimas, trató de sonreír...

Aunque han pasado veintidós años desde entonces, siempre me acuerdo de esa sonrisa y aquellos hermosos ojos negros mirándome a través de las lágrimas.

Ese día retomamos nuestro trabajo luchando contra la tristeza que nos embargaba. Mimosa era excepcionalmente inteligente; había escuchado con tanta atención, con tanto interés lo poco que pudimos contarle, que sólo nos restaba apoyarnos en las palabras de Aquel que dijo: “Dejad a los niños venir a mí”. El padre, ¿la dejaría venir?

Si al menos hubiéramos tenido tiempo para hablarle más del amor divino. ¡Imposible que recordara lo que había oído! ¿Imposible? La palabra **imposible** no existe para Dios.

## El látigo

—¿Qué pasa con esta criatura? ¿Qué tiene?

Quien hablaba así era la madre de Mimosa; estaba muy enfadada. Y cuando esa mujer estaba enojada, usaba el látigo sin titubear.

—¡Mírenla! ¡No hay ni rastro de ceniza sagrada en su frente!

—¿Qué dirán los vecinos? —dijo la tía.

—¡Ven acá, ingrata! ¡Apresúrate!

La niña se acercó sin decir palabra; la madre, la tía, las hermanas, todos los que pasaban por la calle se metieron en el asunto, gritando a porfía, injuriándola.

—¡Está embrujada! ¡Mírenla!

—¡Tomó alguna droga de los blancos!

—Está bajo el poder de alguna brujería; los blancos tienen poderes mágicos. Les basta decir unas palabras para atraer a nuestros hijos. ¡La han seducido!

—¡Que sienta el rigor del látigo!

Y todos decían a coro:

—La criatura que no teme la mirada severa, ¿temerá la mano que castiga? No importa, la sentirá. La ramita que no fue doblegada en sus primeros años, ¿lo será más tarde? El toro que no fue domado, ¿será capaz de trabajar?<sup>1)</sup>

Al fin, exasperada por el silencio de Mimosa, la madre la llevó y le dio la paliza tan deseada por las vecinas. La pequeña lloró en silencio sin comprender nada. En vano había tratado de explicar sus sentimientos. ¿Qué había intentado hacerles comprender? Era tan difícil decirlo. Algo había sucedido en su corazón de niña esa tarde en que por primera vez oyó hablar de un Dios viviente, un Dios de amor a quien podemos llamar Padre, un Dios que creó todas las cosas en el universo, el sol, la luna, las estrellas; y lo más maravilloso aún, ahora comprendía que ese Dios la amaba. Aunque no habíamos tenido tiempo para hablarle detalladamente del Señor Jesús y explicarle su obra en la cruz, había comprendido algo de su amor infinito. Lo había sentido como se siente un gran amor y su corazón había respondido; ahora amaba a Aquel que es amor, aunque ignoraba completamente cómo ese amor fue revelado a los hombres. Pero, como aquel día, cuando

volvió a casa con su padre, perdía su mirada en las profundidades del cielo luminoso cuyo brillo la envolvía totalmente, ahora sentía que el amor de Dios la envolvía de la misma manera. Tratar de expresar esos sentimientos en nuestro lenguaje corriente sería como sondear un océano sin límites.

Ese día, Mimosa había comprendido algo del amor divino y eterno. Este libro es, pues, la historia de un alma que ha sido colmada por el amor de Dios.

No habíamos tocado con ella la cuestión de las cenizas de Siva con las que todo niño hindú debe frotarse la frente. Pero al día siguiente de su visita a la misión, cuando le presentaron, según las costumbres de la familia, el canasto que contenía el símbolo sagrado, lo rechazó instintivamente sintiendo que no podía conformarse más con el rito habitual. Esas cenizas significaban obedecer a Siva, y Siva no era más su dios. Ella tenía ahora otro Dios: «El Dios de amor».

Este inexplicable rechazo primero dejó perpleja a su familia, luego, los enojó mucho. La canasta que contenía las cenizas traídas del templo por su padre, una vez al mes, estaba suspendida de una viga de la pieza principal; cada mañana, el padre y los hijos se frotaban con ellas la frente, los brazos y el pecho, mientras que madre e hijas sólo se untaban la frente. No podían franquear el umbral de la puerta sin la ceniza en sus frentes.

Un día o dos toleraron la actitud de Mimosa; pero, aprovechando la ausencia del padre, que era menos estricto, las mujeres decidieron ponerle fin. Se burlaron de ella, la despreciaron ante todos, y aunque Mimosa trató de explicarles el porqué de su rechazo, no pudo persuadir a nadie con su lógica infantil. Muda ante tanto desprecio, les respondió con una mirada demasiado seria para esos ojos de niña; mirada que las mujeres ni siquiera trataron de comprender.

Finalmente los que la rodeaban concluyeron en que Mimosa actuaba con toda evidencia por maldad o por algún poder de brujería. Sólo el látigo tendría más poder que esa conducta tan irracional para su familia. Y Mimosa tuvo que pasar por esa dura experiencia.

## Pruebas cotidianas

Así pasaron meses muy sombríos. Mimosa tomó la costumbre de encogerse de hombros y replicar; no se convirtió en un modelo de paciencia de la noche a la mañana; y los severos y frecuentes castigos no contribuyeron a endulzar su carácter.

La pobre niña no comprendía. ¿Qué pensar de ese Dios que llenaba su corazón a pesar de los golpes y las injurias? Si verdaderamente Él era amor, como lo sentía en lo más profundo de su ser, si verdaderamente Su poder era infinito, ¿por qué no quebraba el látigo en las manos de su madre? Ella estaba persuadida de que Él lo podía todo. Aquel que le había revelado su amor, ¿la habría olvidado?

El amor nunca olvida. Poco a poco, a través de su pena, la seguridad de que Dios la amaba tomó posesión de su alma. Comprendió –aunque nunca supo decir cómo– que el Dios a quien no quería abandonar, no la dejaría tampoco. Y, aunque sola, sin un amigo que la comprendiera, sin ninguna simpatía humana, se sintió consolada. Poco a poco aprendió la paciencia y aceptó la disciplina paterna.

Entonces llegó la hora de ir al «maraivú»; no era un castigo, sino una costumbre de su casta. La palabra significa «retiro», y esta costumbre nació del temor. En tiempos de las conquistas musulmanas, fueron cambiadas las antiguas costumbres de los hindúes; entonces, para proteger a sus hijas jóvenes, les pareció más seguro encerrarlas. A la edad en que el espíritu se despierta, cuando en la mente se formulan una cantidad de preguntas, se encierra a las niñas hasta el día de su casamiento.

–¿Nunca te escapaste? –le preguntamos.

–Nunca, ¿cómo hubiese podido hacerlo? Es una regla de la casta.

–Pero ¿cómo lo soportaste?

–No hay más remedio que soportarlo.

–¿Ninguna joven se escapa?

–Ninguna, eso no se hace.

¿Cómo pudo soportar este encierro una joven con un temperamento tan activo como el de Mimosa?

La actividad de las mujeres disgustaba a sus padres. No aprobaban la instrucción de las niñas. La ciencia era para los hombres.

Encerraron, pues, a Mimosa en un estrecho aposento donde tuvo que realizar monótonos trabajos manuales. Sólo oía hablar de cosas insignificantes y banales. Seguían encontrándola rara, sus preguntas quedaban sin respuestas o le decían: ¿Qué te importa? ¿Acaso no eres mujer?

Así pasaron años en los que tuvo que soportar muchas amarguras. A veces le parecía que los vientos de las pruebas que soplaban contra ella habían apagado su vacilante llama sin protección.

Muchas veces cedió, postrándose ante los ídolos. Eran sus tiempos más sombríos, aunque nunca se sintió abandonada por Dios. Aquel que es amor la levantaba. Y luego, debido a que de nuevo había flaqueado, la prueba volvía a abatirse sobre ella.

Esta joven hindú, que había recibido tan poco aún, y que no aprendería nada más por mucho tiempo, ¿cómo pudo soportar el horno ardiente? ¿No es maravilloso el amor de Dios? ¿Quién sino Dios pudo volcar en un alma tan ignorante una fe tan firme y tan intrépida? ¿Y quién, sino el amor del Todopoderoso, sostuvo a esta débil joven?

## La muerte del padre

–¡No iré a esa peregrinación!

Quien se expresaba así con tanta determinación era el jefe de familia. Los suyos, ataviados con sus mejores vestimentas, se preparaban para ir con los otros miembros de su casa a una gran fiesta, en un templo, cerca del mar.

Era una de las principales peregrinaciones del año. Ninguno de ellos pensó que el padre de Mimosa estuviese a punto de hacer otro viaje del cual no se vuelve jamás; pero él sabía que su carrera tocaba a su fin. Su esposa y Mimosa no quisieron dejarlo solo.

Toda su vida, el orgulloso hindú había considerado a Siva como el señor de su alma, y su alma como un animal encadenado a su cuerpo. Su alma pertenecía a Siva como una bestia pertenece a su amo. Durante toda su vida, todo lo que había hecho desde el punto de vista religioso tenía un solo fin: desatar las cadenas que ligaban su alma, a fin de devolverla a aquel a quien pertenecía. Y ahora había llegado el momento en que esta alma quitaba su envoltura terrenal; ¿a dónde iría? Él había adorado en muchos templos, hecho limosnas, untado su frente, pecho y brazos con cenizas sagradas. Había aprendido, hasta donde un mortal puede hacerlo, un sinnúmero de nombres y atributos de su dios. Y para colocarse al amparo del mal, había ofrecido sacrificios a innumerables demonios. Estaba convencido de haber cumplido en todo. Se juzgaba irreprochable, excepto en lo concerniente a Star, pues había cedido al deseo de la joven dejándola en una casa cristiana. Además, para asegurar una buena educación a sus dos hijos, los había mandado a una escuela cristiana.

Y ahora, sintiendo que la muerte se acercaba, lo único que debía hacer era poner el sello sobre esa vida de fidelidad, con un único acto simbólico. Temblando, Mimosa vio que su madre se acercaba trayendo las cenizas sagradas.

–Marca la «Vibuthé» –le dijo.

Era el signo con el cual el dios de la muerte lo reconocería como perteneciente a Siva. Sin decir una palabra, rechazó las cenizas. Estaba demasiado enfermo para explicar su gesto.

Alejó la caja y gritó frente a la muerte:

–¡Voy hacia el supremo! –y expiró.

Los funerales se celebraron según las ceremonias de costumbre. Los hindúes creen que el espíritu del muerto no está fuera del alcance de cuidados. Inmediatamente después del deceso, sobre todo tratándose de un pariente cercano, hacen todo lo que les dicta el afecto para acudir en su ayuda. Este pensamiento reviste de cierta dignidad las precipitadas ceremonias que siguen después de la muerte del ser querido.

Rápidamente, bajo un pequeño abrigo improvisado en el patio, extendieron al padre de Mimosa sobre una estera, lo afeitaron y bañaron con agua traída del río más cercano, río sagrado, de aguas color cobrizo. Lo envolvieron en un sudario de muselina blanca, y frotaron su frente, sus brazos y pecho con las cenizas sagradas que él había rechazado un momento antes. Luego colocaron un tazón de arroz sobre su boca, y los amigos agregaron algunas monedas. Realizaron todo esto para ayudar al espíritu separado del cuerpo, en la primera etapa de su viaje.

Conducidas por la madre de Mimosa, las mujeres gritaban alrededor del cuerpo, llorando, gimiendo, alzando los brazos al aire y golpeándose el pecho, arrancándose los cabellos que formaban una gran cabellera negra. Sentadas en el suelo, se balanceaban hacia adelante y hacia atrás musitando letanías que comparan al difunto con lo que es fuerte, glorioso y querido. No se puede asistir a tal escena sin conmoverse profundamente. Es la expresión literal del dolor sin esperanza.

La pequeña Mimosa escuchó todo esto y tomó parte en las ceremonias, demasiado emocionada para cantar y demasiado aterrada para llorar. Parecía insensible a todo. Pero cuando llevaron a su padre a la hoguera donde debían cumplirse los últimos ritos, y los platillos de cobre llenaron el aire con ruido ensordecedor, Mimosa sintió que algo se desplomaba alrededor de ella.

## Parpom

Pasaron los años. Mimosa había crecido. Ya no era la niña a la que habíamos conocido. Había llegado el día de su casamiento y todo estaba listo para la ceremonia.

Temprano en ese caluroso día, se hallaba junto al pozo de agua, con sus cabellos negros primorosamente arreglados, como es la costumbre hindú, con sus vestidos de brillantes colores y las numerosas joyas que llevaba. Más que nunca se parecía a un pájaro de hermoso plumaje. ¡Qué cuadro iluminaron los primeros rayos de sol!

Mimosa, con toda la gracia de sus diecisiete años, apoyada contra el brocal del viejo pozo, se destacaba sobre el gran cielo azul.

Sin embargo, aquel cuadro no tardó en ensombrecerse por rumores de mal augurio. Decían que Mimosa era pobre, y era verdad. Su marido, aconsejado por su hermano mayor, había engañado a la madre de Mimosa; no sólo no poseía nada, sino que estaba lleno de deudas.

En la familia de Mimosa era costumbre que el novio ofreciera a su futura esposa una tierra de valor. Él cumplió su promesa; pero era todo lo que poseía, y la madre de Mimosa lo ignoraba totalmente.

Mimosa fue a vivir con su esposo. Cuando él estaba a su lado, ella hacía lo que quería con él; según su expresión, «besaba el suelo donde ella caminaba». Sin embargo, por desgracia, el esposo siempre dejaba a su esposa para ir con su hermano mayor, quien quería tomar las riendas del nuevo hogar. A Mimosa, quien tenía mucho carácter, no se le imponía silencio fácilmente.

—No dormiré tranquila mientras debamos aunque más no sea un centavo —dijo.

—¡Qué absurdo! ¿Por qué no dormirías? ¡Estás loca! —exclamó su marido escandalizado.

En cuanto a los vecinos, aunque se quedaron tranquilos por un tiempo, no olvidaron que Mimosa no adoraba más a los ídolos. Estaban seguros de que algo malo iba a suceder, y que esta unión sería un desastre. «Parpom» —repetían—, es decir, «ya veremos». Y diciendo esto, extendían las palmas de sus manos en una forma imposible de describir, como si quisieran ahuyentar la mala suerte.

Entonces el hermano mayor, lleno de buena voluntad, vino a ayudarlos. Si Mimosa pensaba así, no tenían más remedio que vender el lote de tierra que su marido le había dado. Ella consintió en el acto. Su cuñado se prestó para la transacción... y no perdió nada en el negocio. Pero no se puede vivir sin tener una propiedad. Mimosa propuso a su esposo algo que lo trastornó.

–Trabajemos –sugirió.

Su esposo la miró con una mezcla de dolor y admiración. Con su rostro animado, sus brillantes joyas, sus bonitas manos y pies, sus brazos y tobillos adornados con anillos y campanillas que sonaban a cada movimiento, era verdaderamente seductora. A pesar de su encanto, le pareció que su mujer tenía ideas extrañas.

¿Qué le proponía? ¿Trabajar? Jamás se le había ocurrido algo semejante. ¡Qué monstruosidad! ¿Qué importaban las deudas? Los hijos podrían pagarlas. ¿Los intereses? Podían dejar que se acumularan.

Hasta entonces, el marido había dejado que las cosas marcharan lo más tranquilamente posible. El hecho de tener deudas lo hacía más importante a sus propios ojos. Si uno no tiene deudas, se sobreentiende que nadie confía suficientemente en él como para prestarle algo. Por consiguiente, se vuelve una persona con poco crédito. ¿Debía perder su prestigio a causa de la nueva opinión de su mujer? Incapaz de resistirle, consintió en trabajar.

Su hermano sugirió un comercio. Esta idea le gustó. Estar sentado detrás del mostrador esperando a los clientes, ¡qué vida más dulce! La sal se vende bien, ocupa poco lugar, y la venta es segura. Así, pues, aceptó. Pero, hasta para eso se necesita dinero. ¿Cómo obtenerlo? Al hermano complaciente se le ocurrió que Mimosa podía vender sus joyas. Eran las de su dote, para la compra de las cuales su padre había ahorrado cuidadosamente durante años. Tenía un collar de oro de considerable valor. Vendiéndolo podría comenzar el comercio.

Mimosa se separó de todas sus joyas a fin de ganar su vida con honradez. Perdió todos sus tesoros. Su cuñado sabía cómo hacer las cosas. En vano trató Mimosa de volver a tomar posesión de lo que le había pertenecido.

Aumentaba la miseria. ¿Qué le sobrevendría? Juntó lo poco que le quedaba y lo trajo a su madre, pues ni su esposo ni su cuñado eran dignos de confianza. Su madre prometió entregarle cada mes una suma mínima a cambio de ese depósito. Pero llegado el día, la madre no quiso.

—¿Diste todas las joyas de tu dote? ¿Hasta el collar de oro? No eres digna de ser mi hija. No recibirás auxilio de mi parte. ¡Que tu Dios te ayude!

En el pueblo, al oír estas cosas, sonreían, diciendo:

—¿No habíamos dicho «parpom»?

## Usted no me engaña

Entonces, Mimosa se fue a los campos llevando a su primogénito. Si bien nunca había oído hablar de Agar (Génesis 21:14-19), en su dolor hizo como ella. Con un pedazo de tela de algodón hizo una hamaca improvisada, la cual colgó de una rama de acacia. Colocó a su bebé dentro y balanceó suavemente la hamaca hasta que la criatura se durmió. Luego se alejó sola y clamó al Señor. Nunca había aprendido a orar, ni había escuchado hacerlo, excepto en aquel momento en que la remitimos al Señor, el día de su visita con su padre.

El idioma tamil tiene cuatro expresiones para el pronombre de la segunda persona del singular. Tú, empleado por el mayor hacia el menor y por el superior hacia el inferior. Luego, la segunda expresión es algo más respetuosa. La tercera es la que emplea el hijo hacia su padre y se traduce por usted. Y al fin la cuarta, la más respetuosa, es la que equivale a «vuestro honor», «vuestra excelencia».

Con el seguro instinto de los valores eternos, el tamil emplea el vocablo «tú» para dirigirse a la divinidad. Los cristianos utilizan la segunda forma. Mimosa ignoraba la forma de expresión de los cristianos. Le pareció natural emplear el vocablo «usted» para dirigirse a Dios, como lo hacía con su padre.

—Oh Dios —dijo en voz alta; y las palabras parecían volar en el espacio infinito—, ¡oh! Dios, mi esposo me engañó, mi madre me engañó, mi cuñado también; pero usted no me engañará.

Luego, deteniéndose un momento y levantando los ojos al cielo, dijo de nuevo:

—Todos me engañaron, pero usted no me engañará jamás. ¿Qué haría sin usted? Usted es el dador de la salud, la fuerza y la energía. ¿No es esto una riqueza mucho mayor que el dinero y el apoyo de los demás?

Deteniéndose otra vez, se arrodilló en medio del campo, desató su sari y lo extendió como para recibir lo que pedía. Sin duda fue así como Rut extendió su manto cuando Booz puso en él las seis medidas de cebada. Para las mujeres de Oriente, este acto significa una humilde espera llena de amor. La de Rut fue colmada, pues Booz le dijo: “No vayas... con las manos vacías” (Rut 3:15-17).

Arrodillada, repitió: —Usted no me engañará.

El sol arrojaba sobre ella sus rayos de fuego. En la plantación de algodón, las nuevas hojas verdes se inclinaban agotadas por el calor del sol; Mimosa permanecía de rodillas indiferente a todo. Su sari todavía extendido delante de su Dios parecía decir: «Estoy vacía, lléneme». El Espíritu San-

to no podía tomar nada del libro de los libros para comunicárselo. Ella no conocía ni una sola línea de él. Pero los recursos de Dios no tienen límites. Recordó una palabra oída muchas veces de su padre terrenal: «El que planta el árbol lo regará». Dios era para ella el Jardinero celestial. Él había plantado su pequeño árbol. ¿Acaso no lo regaría? Recogió su sari y se levantó.

¿Qué pasó entonces? Fue como en la historia de Agar. Dios le abrió los ojos y le mostró un pozo al que se acercó y del cual bebió. De pronto desapareció su abatimiento. Se sintió fortalecida y con nuevas energías. Su Dios la había oído. No tenía que batallar sola y sin socorro alguno. Ella tenía a su Dios.

—¡Oh! ¡qué haría sin usted! —exclamó como en un canto de triunfo. Con una pequeña señal de unión de manos, que es el «amén» de los hindúes, inclinó la cabeza y se quedó tranquila, bebiendo de las aguas refrescantes. Dirigiéndose luego hacia el árbol donde su bebé se mecía al soplo de la suave brisa, lo tomó y volvió a su casa, llena de una paz “que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7).

## La planta de tulasi

Al oeste del pueblo se encontraban los campos de algodón que habían pertenecido a su familia. Incluso algunos eran todavía propiedad de sus familiares. Trabajaría allí, y ganaría lo suficiente para mantener a su marido y a su hijo. Se puso manos a la obra sin detenerse ni por el viento, ni por el sol. Muchas veces trabajaba en los pequeños patios donde apilaba el algodón listo para ser cardado. Allí se respiraba un aire sofocante, lo que hacía el trabajo aún más pesado.

¿De dónde provenían los sentimientos que la movían a obrar de esa manera? Mimosa no sabía que está escrito: “No debáis nada a nadie”. A pesar de que su esposo, el jefe de familia, no veía ningún inconveniente en tener deudas, ella quizás tenía esos escrúpulos a causa de su natural delicadeza, o tal vez fuera por esa luz que brillaba en ella y que los vientos contrarios no podían apagar. Fuese lo que fuese, pasaron muchos años penosos en los que Mimosa jamás se dejó llevar por la desesperación, aunque pasó por muchas amarguras. Fue el blanco de insultos y maledicencia de los hindúes, tan buenos en ciertos aspectos, pero crueles con aquel que deja las costumbres y leyes de su casta. El culto al verdadero Dios es mal visto en un medio tan tradicionalista.

La planta de «tulasi» es sagrada en toda la India. Es una planta poco llamativa que crece por todas partes. Algunos creen que está compenetrada de la esencia de Vishnú y de su mujer Lakshmi, dioses de la India; por lo tanto la planta es considerada como una divinidad. Otros dicen que esta planta es Sita, la esposa de Rama, una de las más bellas mujeres de las historias hindúes. Otros creen que en sus delicados y perfumados pétalos, en sus hojas y flores se esconden todas las divinidades. Un autor inglés afirma que esta planta es adorada más que ninguna otra en la India. No hay patio en las casas privadas o en los templos donde no se vea florecer, en una pequeña maceta, una planta de tulasi. Está rodeada de veneración, y las mujeres le ofrecen arroz y flores. Es el remedio universal; los mordidos por serpientes son curados con su savia.

En el pueblo de Mimosa, es más temida que venerada, pues ellos son adoradores de Siva. El tulasi no es para ellos lo que es para los adoradores de Vishnú o de Rama, o sea una encarnación de Vishnú. Por lo tanto, la planta crece y se multiplica por sí sola, y nadie la toca por temor a irritar a los dioses.

Mimosa veía crecer las plantas sagradas, las que formaban numerosas matas aromáticas. Como no tenía combustible, los tallos secos le podían ser útiles. Sabía que el único verdadero Dios había creado el tulasi, entonces no se opondría a que lo utilizara. Y así se atrevió a hacerlo. Un día trajo a casa una gavilla de tulasi que esparció en el patio para que se secase. Sus vecinas se escandalizaron y se reunieron.

—¡No escaparás del castigo de los dioses! ¡Quemar el tulasi de los dioses irritados! ¡Qué desastre! ¡Serás maldita!

Pese a que la tempestad rugía a su alrededor, ella se mantuvo tranquila repitiendo:

—Esos dioses no son como mi Dios. Sólo existe un gran Dios, uno solo. ¿Cómo podrán dañarme divinidades inferiores a mi Dios? Aquel a quien yo adoro es el creador del tulasi.

¡Qué admirable firmeza la de Mimosa! Pero, no hacía más que aumentar la ira de los que la rodeaban, así como el temor a que las divinidades ofendidas se vengasen.

Mimosa utilizó el combustible y, para sorpresa de sus vecinos, no le ocurrió ningún mal, por lo menos en aquel momento. Sin embargo, continuaron diciendo: «Parpom», o sea, «ya veremos», burlándose de ella.

## Mayil

Su segundo hijo, un niño precioso, nació dos años después de Kinglet. Lo llamó Mayil, que significa: «Pavito real». Esa gente tan amante de los colores vivos no piensa en la vanidad. Para ellos, el pavo real representa sencillamente la hermosura. Mimosa lo llamaba a veces: «Mi hijo dorado», pues la piel aterciopelada de esos pequeños indígenas es más bien dorada que morena. Parece desprenderse de ella una cálida luz, como la del sol a través del agua sobre las piedras amarrotadas.

Los ojos de Mayil, con sus largas pestañas arqueadas y su pequeña boca de labios rojos, lo hacían aún más hermoso. ¿Qué podría importarle ahora a Mimosa el desprecio del pueblo? Durante seis meses cuidó a su pequeño tesoro, llevándolo con ella a los campos, suspendiendo su hamaca en la rama de un árbol, y dejando su trabajo de vez en cuando para atenderlo. El niño crecía al aire puro, rodeado del amor de su madre.

Luego llegó la estación de las lluvias y Mayil ya no pudo ir con su madre. El mayor tenía ahora dos años y medio. Cuando Mimosa terminaba de poner la casa en orden, ponía a Mayil en su hamaca, ataba una cuerda, colocaba una almohada en el suelo, un tazón de arroz al lado de Kinglet y le decía:

–Toma, pequeño, siéntate acá; aquí hay arroz, come cuando tengas hambre. Si tu hermanito llora, mira, aquí hay una cuerda, podrás balancear su hamaca y se callará. Sé muy bueno hasta que yo vuelva.

¿Qué otra cosa podía haber hecho? Con el corazón lleno de dolor, se iba al campo, y desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde los dos pequeños permanecían solos.

Mojada de abajo arriba, rendida por el cansancio, Mimosa dejaba el trabajo a la puesta del sol y corría a buscar a su bebé. Pero esas nueve largas horas pasadas sin tomar alimento iban debilitando mucho al pequeño; las lágrimas de la madre corrían mientras lo apretaba entre sus brazos tratando de hacerle olvidar lo que le había faltado.

Fue así todo el tiempo de la estación lluviosa. Ni una vecina, ni un pariente se ofreció para cuidar de esos pequeñitos mientras Mimosa estaba ausente. No se extrañó por ello. No era como ellos, y esta razón le bastaba. ¿Por qué la ayudarían? No era de los suyos. Estas experiencias habían dejado en su rostro una expresión de notable paciencia. Hacía pensar en la tranquila hermosura del valle inundado por el sol poniente mientras las montañas se cubren de nubes doradas.

La salud del pequeño Mayil se resintió por esos largos días pasados lejos de la madre. Era tan frágil como una flor exótica trasplantada en un terreno extraño. El niño era grande, delgado, y sus ojos brillaban como estrellas. Nunca quería dejar a su madre; cada vez que ella se alejaba, el niño se aferraba a ella sollozando. Mimosa temía separarse de él, aunque fuese por una hora. Cuando Mayil fue bastante grande como para sentarse a su lado mientras ella trabajaba en casa, estaba feliz, con tal de que pudiera tener la punta de su sari entre sus deditos.

Alegre como un pajarillo, tarareaba pequeñas canciones que él mismo improvisaba.

–¿Qué clase de arroz comeremos hoy mamá? –preguntaba. Luego empezaba a canturrear.

–¿Qué cantas Mayil? –le preguntaba ella.

–La canción del arroz.

Luego tomaba tres piedritas como las que la mamá colocaba debajo de la olla para cocer la comida.

–Mira, yo también cocino el arroz, soplo el fuego, lleno la olla y lo cocino cantándole.

Y haciendo eso era feliz porque estaba a su lado.

–Sin mí, no sabría vivir –pensaba muchas veces su madre.

Mayil caminó tarde. Para obligarlo a hacer los primeros pasos, alguien sugirió que plantaran sus piernitas en la tierra como dos pequeños troncos de árbol.

–Plántalo profundamente –le dijeron–, que sus rodillas estén tapadas; aprieta la tierra para obligarle a mantenerse derecho. Finalmente caminará.

A Mimosa le pareció que este procedimiento era muy cruel; prefirió unir algunas tablas con las que hizo un carrito que el niño aprendió a empujar delante de él.

## Booz

Mayil apenas hacía sus primeros pasos cuando nació otro pequeño ser, que iba a ser la alegría de su madre.

Music, así lo llamó, parecía ser un niño demasiado sensible y puro para este mundo de pecado y miseria. Como su hermanito, pronto tuvo que pasar días malos. Su madre estuvo muy enferma. Para cuidarla, sólo estaba Kinglet, de cinco años de edad, y su esposo que, aunque perezoso, no era mal hombre; justamente en aquel momento estaba en casa.

Diez días después del nacimiento del bebé, Mimosa llamó a su marido, quien no había observado que la provisión de arroz disminuía. Él vivía como en un sueño y Mimosa debía hacer frente a las duras realidades de la vida. Estaba segura de que muy pronto no tendrían más que comer. Creyó que podría ir a trabajar, pero la voluntad que le había sostenido a través de tantas pruebas la dejaba sin socorro ante su gran debilidad.

—Todavía no puedo volver a los campos —dijo a su marido—; ¿quisieras ir a la ciudad donde vive mi hermano menor y contarle lo que pasa? Dile que estoy enferma, que nuestro alimento se acabó y que, si quiere prestarme algo se lo devolveré lo más pronto posible. Dos rupias serán suficientes.

Este hermano había recibido la misma buena educación que el mayor, de quien hablaremos más tarde. Había estado enfermo y los misioneros lo habían cuidado noche y día con abnegación. Al igual que su hermano mayor, fue bautizado; se había hecho cristiano, de nombre solamente, y por mucho tiempo se conformó con una profesión sin vida. Mimosa lo sabía muy bien. Aunque «nunca me habló de lo que antaño había creído, no puede haberlo olvidado todo; seguramente tendrá piedad de nosotros», pensó. Gracias a sus estudios en la escuela europea, este hombre gozaba de una buena posición económica. A Mimosa le pareció imposible que se negara a prestarle ese dinero.

Después que su esposo salió, Mimosa reflexionó. Nunca había pedido nada a nadie. Pensó que tal vez había hecho mal en pedir prestado ese dinero.

Al fondo de la casa había un cuartito sin ventana, con tan solo una puerta que se abría desde la galería interior. Mimosa guardaba allí su provisión de arroz... cuando había algo para guardar. Allí también se refugiaba para orar; pues allí estaba tranquila, lejos del ruido de la calle.

Esa mañana, levantándose lentamente de la estera en la que estaba acostada, y apoyándose contra la pared, se arrastró hacia la pequeña habitación, apretando a su bebé entre sus brazos, acompañada por sus dos varoncitos mayores. Dejó la puerta entreabierta para que los niños no se asustaran en la oscuridad. Los rodeó con sus brazos, y contó a su Padre lo que había hecho. Le dijo que era la primera vez que obraba así, y que, si su diligencia no daba resultado, comprendería que Él tenía otros recursos para ella.

—Y lo que usted hace, Padre, está bien.

Su marido volvió después de haber recorrido 50 km de balde. No traía ni un centavo. El hermano menor no quiso prestar el dinero.

—Ella está débil; ¿cómo sabré yo que podrá trabajar y me lo reembolsará? —había dicho.

Entonces Mimosa volvió con sus tres hijos a la pequeña habitación oscura que sólo contenía recipientes vacíos.

—Padre, está bien. Todo lo que usted haga está bien. Pero ¿cómo alimentaré a los niños?

Se detuvo un momento y la oyeron murmurar:

—Padre, no puede ser que deje a sus corderitos con hambre, y sin embargo, parece que debe ser así; no lo puedo comprender, pero sé que todo está bien.

Salió con los niños y cerró la puerta.

La joven madre tenía un pariente lejano, en cuyos campos podía trabajar, como Rut en los campos de Booz. Era un hombre justo. Había observado a Mimosa; sabía que cumplía fielmente su trabajo y que no necesitaba vigilarla. Ese mismo día se presentó en la pobre morada; venía a ver si pronto estaría en condiciones para trabajar. Mimosa le contestó que no sabía cuándo tendría fuerzas para hacerlo.

—Manda a tu marido en tu lugar —sugirió naturalmente, y se iba a retirar cuando reparó en los fatigados rasgos de Mimosa. Interrogándola con bondad, pudo hacerle confesar su amargo desamparo y angustia.

—¡Esto no puede seguir así! —exclamó.

Y de vuelta a su casa le mandó provisiones para una semana. Esta intervención logró sacar al marido de su indolencia y hacerle emprender algún trabajo honrado; el préstamo fue devuelto en pocos días, llenando de gozo el corazón de Mimosa. Una vez más volvió al oscuro cuartito que ya no se encontraba vacío para agradecer a Dios.

Su fe había obtenido respuesta.

## ¿No quemó la planta de tulasi?

El pequeño Music, alegre y regordete, empezaba a correr por toda la casa, cuando una tarde al crepúsculo, mientras Mimosa preparaba la cena, se sobresaltó al oír gritar a su marido. Corrió hacia la galería.

—¡Mira, mira! ¡se me clavó una espina en el tobillo del pie derecho!

Pero no había ninguna espina; sin duda era la mordedura de una serpiente. No se pudo encontrar al reptil; había desaparecido en la penumbra.

¡Una serpiente! ¡Una serpiente! En la India, al oír ese grito se junta más rápido que nunca una muchedumbre. En un abrir y cerrar de ojos la casa se llenó de gente, pidiendo informaciones, aconsejando, simpatizando, profetizando muerte y destrucción; es la costumbre correr siempre a todos lados, donde hay algo nuevo para ver, y esto no hace más que aumentar la confusión. Sin embargo, esa gente sentía verdadera congoja y emoción. Los parientes se lamentaban, las mujeres se arrancaban el cabello y se golpeaban violentamente la cabeza contra la pared. Para todos, el marido de Mimosa ya estaba muerto.

Mientras tanto, el veneno seguía su curso y no tardó en llegar al cerebro del pobre hombre. Sufría atrocemente, le parecía que sus huesos se rompían. El clamor de simpatía aumentaba y la calle se llenó de curiosos. La mitad del pueblo se preparaba para llorar la muerte del herido.

Durante ese tiempo, Mimosa se las ingeniaba para aliviar a su esposo sin tener en cuenta lo que oía murmurar a su alrededor.

—Ella tiene la culpa —repetían—. ¿Acaso no quemó el tulasi?

La excitación terminó por apaciguarse poco a poco, pues el marido no murió. Estuvo mucho tiempo enfermo. Su esposa, arrodillada constantemente a su lado, clamaba a su Dios, el Dios del cielo. A veces entraba en su pequeño santuario, extendía su sari y le suplicaba que interviniera a su favor. Cuidó del enfermo con toda la habilidad de que era capaz; puso cataplasmas de paja de arroz desmenuzado y trató de proveerle un alimento sustancioso. Su fiel corazón se llenó de alegría cuando por fin estuvo fuera de peligro; pero, ¡ay! era un hombre ciego, privado de razón, quien desde entonces requeriría sus cuidados.

## Semillas divinas

En aquella hora amarga, Mimosa encontró un nuevo socorro divino. En el pueblo había algunas familias cristianas. Ninguna, excepto una, se ocupaba de ella porque pertenecían a otra casta; y después de todo eran cristianas sólo de nombre. Es fácil criticar a esa gente y asombrarse por su falta de amor. Pero si se hubiesen entrometido en los problemas de Mimosa, es muy probable que no pudieran haber seguido viviendo en paz en ese pueblo. La casta de ella les habría hecho la vida imposible. Sólo un amor desinteresado, un verdadero amor puede obrar con abnegación. Y ese amor sincero, ¿se encuentra fácilmente?

En la familia que pertenecía a la misma casta de Mimosa, sólo la vieja abuela era una verdadera cristiana. Alguien hizo el retrato de una persona en semejante estado en estos términos: «¿Puede Dios gloriarse en esta criatura? Su espíritu está ya casi a oscuras. Demasiado débil para amar, incapaz de tener miedo, ¿qué triunfo retirar de sus luchas? ¿Para qué vivir? Un ser tan inerte, ¿puede ser precioso a los ojos de Dios?».

Tal pudo haber sido el retrato de la anciana; sin embargo, fue la mensajera del Rey. Había dejado el pueblo durante algunos años y ahora había vuelto muy vieja e ignorante. Nunca aprendió a leer, y desde hacía tiempo había olvidado las historias de la Biblia tan conocidas para ella; hasta el nombre de Jesús parecía haber escapado de su memoria. Sólo hablaba de Dios, llamándole Padre, y esta palabra llamó la atención de Mimosa. Pese a la incapacidad de la anciana, sus palabras fueron para ella como migas del Pan de vida.

—El Padre no te dejará jamás. Él nunca me abandonó. Piensa en Él y no se alejará de ti. En el celestial reposo no hay dolor y es allí a donde el Padre te llevará. Te conducirá de una manera maravillosa y estará contigo hasta en los detalles más pequeños de tu vida.

Repetía constantemente las mismas palabras, como lo hacen las personas de su edad. Luego perdió la poca memoria que tenía, y nunca más se supo lo que pensaba; pero en su lecho de muerte sus rasgos tenían una expresión de profunda paz.

Mimosa recibió también otras palabras de aliento. En su pueblo había una sala reservada para el culto cristiano. Alguien enseñaba a los niños con voz cantante y monótona que se oía desde la calle. Al pasar, Mimosa oyó las siguientes palabras: «No coloquen ustedes cenizas en sus frentes; no ofrezcan sus trenzas a los ídolos. La vanagloria es como una mordedura de serpiente. Cuando el Rey venga a juzgar, los que no le escucharon, en vano defenderán su causa».

Era más bien un conjunto de palabras desordenadas. Sin embargo, Mimosa comprendió que aludían a las cenizas de Siva, a las trenzas ofrecidas a los dioses, al orgullo que se derrumbará cuando venga el Rey. Este nombre, nuevo para ella, le sugirió una nueva idea. ¿Vendría, pues, su Señor a la tierra? Las semillas divinas que había recibido no habrían llenado el hueco de la palma de su mano. Se podían contar nueve: Dios existe; Él ama; conduce; es el Dios todopoderoso; escucha la oración; es nuestro padre amante; riega el árbol que plantó; preparó un lugar de reposo muy superior al mundo, donde no se sufre; el Señor vivió en la tierra y volverá algún día.

También había oído que al final de los tiempos habría un juicio y que nadie escaparía de él. No obstante, esta verdad era todavía muy confusa.

No sabía nada de un Salvador que había muerto por ella. En nuestra corta entrevista sólo pudimos empezar a contarle Su historia, insistiendo en que Dios la amaba. Ella le había visto sin conocerle, pues: “¿Quién es el Señor, para que crea en él?” Y antes de que el Salvador del mundo pudiera contestarle: “El que habla contigo, él es”, su padre se la llevó y no la vimos más. ¿Acaso hay obstáculos que no pueda vencer el poder del amor de Cristo? ¿Se puede medir la fuerza de la vida contenida en una débil semilla?

De todas las historias que hemos conocido desde que estamos en la India, ninguna nos ha humillado tan profundamente como la de Mimosa. A causa de nuestra falta de fe, temíamos mucho por ella. Pero al conocer el resultado de la obra de Dios en esa vida, podemos decir que ningún otra nos ha dado tanto motivo de adoración.

Es difícil imaginar a alguien privado de todo socorro espiritual para sostener su fe. Para comprender esta historia, en vez de contentarse con leerla y olvidarla, es necesario hacer un esfuerzo para imaginar la situación de Mimosa. Se hallaba en una soledad moral absoluta. Su corazón había sido sobrecogido por una hermosura que le era imposible revelar a su alrededor. Sólo veía rostros indiferentes, debía hacer frente al abrumador trabajo cotidiano. Sin embargo, sentía que alguien caminaba a su lado. Lo que Dios elegía para ella, lo aceptaba con sumisión. ¿No era acaso todopoderoso, capaz de dirigirlo todo? ¿No le había demostrado su amor de mil maneras distintas? ¿Rechazaría, como madre, lo que consideraba bueno para su hijo, con tal que se lo pudiese dar? Dios tampoco se negaría a hacerlo.

De etapa en etapa llegó a una certidumbre de fe que nada la podía hacer vacilar. Las difíciles situaciones que atravesaba no la llenaban más de perplejidad. No pedía un cielo azul, sino que, volviendo los ojos hacia el cielo gris de donde provenía el viento y la lluvia, decía: «Yo sé que todo está bien».

Sí, a pesar de que su esposo estaba ciego y privado de razón, a pesar de que la gente la señalaba con el dedo diciendo: «¿No te lo habíamos dicho?», ella podía repetir: «¡Yo sé que todo está bien!».

## La vasija que contenía el maná

El manicomio más cercano al pueblo de Mimosa se encontraba a 800 km. Si hubiesen sido 8.000 km, hubiera sido lo mismo, pues para que un enfermo fuera admitido, debían llenarse ciertas formalidades, las que Mimosa ignoraba. A lo mejor, ni siquiera sabía que existían manicomios; por lo tanto no podía hacer atender a su marido.

Vivió ese período de pruebas, como lo contó más tarde, con su sari en la mano. Era su manera de orar habitual, sin pronunciar palabras, vislumbrando por la fe la llegada del auxilio. No trataba de comprender el porqué de esas pruebas; las aceptaba pacientemente y con la certeza de que, si su Dios las enviaba, todo estaba bien. Lo único que rogaba encarecidamente era que su marido recobrase la razón. Porque ¡cuánta paciencia necesitaba para cuidar de un ciego insensato!

Poco a poco se pudo constatar una mejoría en el estado mental y también en la vista del enfermo.

—No recibimos ninguna ayuda, pues no conocía ningún remedio; además, no hubiera tenido dinero para comprar medicamentos. La curación llegó sólo de Dios —nos contó después.

Durante todos esos años, aquí en Dohnavur, Star no supo nada de su hermana. Se las habían mantenido separadas una de la otra. A Mimosa nunca se le permitió que acompañara a sus hermanas mayores cuando algunas veces vinieron a vernos. Finalmente, un día, Star oyó hablar de las desgracias de Mimosa y se preguntó cómo podía ponerse en contacto con ella. Mimosa no sabía leer y sería muy poco probable que le transmitieran un mensaje oral. Después de reflexionar, Star decidió escribir, y sintió la necesidad de dirigirse a ella como a una hermana en la fe. Abrió su Biblia en el Salmo 27, y sin saber quién la dirigía, escribió el versículo 10, el cual, en la traducción tamil dice: “Aunque mi padre y mi madre me dejen, el Señor me atraerá más cerca de él”. Y pidió a Dios que inclinara el corazón de alguien para que le leyera esta carta a Mimosa.

El Señor contestó su oración. La misiva de Star llegó a su destino y un primo complaciente se ofreció a leerla. Mimosa escuchó temblando de alegría. El primo leía con tono monótono como si estuviese cantando una endecha hindú, pero Mimosa recibió estas palabras como perlas preciosas. Terminada la lectura, tomó la carta, la única que había recibido en su vida, la llevó a sus ojos respetuosamente, según la costumbre oriental, la dobló con cuidado y la puso en la caja donde conservaba el único objeto de valor que poseía: el acta de compra de su casita. Su preciosa carta, que contenía esas valiosas palabras de vida, era como la vasija de oro que encerraba el maná en el arca del pacto. Y con el correr del tiempo, cuando las dificultades la agobiaban o cuando tenía una gran necesidad de sustento, sacaba la carta de la caja, la desdoblaba con precaución y trata-

ba de recordar las palabras escritas; y si su primo se encontraba en el vecindario, le rogaba que la leyera nuevamente. Entonces, sostenida por ese maná escondido, sus fuerzas se renovaban para seguir luchando. Pero a su primo nunca se le ocurrió que pudiera escribirnos y darnos alguna noticia de Mimosa. Ella, por su parte, no tenía idea de que existiera la posibilidad de comunicarse con la misión, de modo que Star siguió ignorando totalmente la situación de Mimosa.

## El filo de la espada

Lentamente pasaron los meses. Mimosa tuvo que volver al trabajo; de otro modo, se hubiera acabado el alimento para la familia. Su esposo, tendido todo el día en la estera, era una boca más para alimentar. Se podía confiar en Kinglet, quien lo cuidaba y también se ocupaba de Mayil y Music mientras la madre estaba ausente.

Un día, los hermanos de Mimosa visitaron a la hermana mayor, una viuda que vivía no muy lejos, y se llevaron al pequeño Mayil para pasar el día con ellos.

Al atardecer, cuando Mimosa regresó para preparar la cena, de repente se sintió terriblemente angustiada por su hijo. Entonces corrió a casa de su hermana y, forzando la entrada entre la gente reunida allí, encontró a sus hermanos haciendo una partida de cartas tranquilamente, mientras que, en un rincón de la habitación, su hijo se retorció presa de horribles convulsiones.

—¿Cómo pueden jugar tranquilos cerca de mi hijo que se muere? —exclamó dirigiéndoles una mirada llena de indignación. Y huyó llevando en brazos el cuerpo ya casi rígido de su pequeño.

Nunca supo lo que sucedió, y los que lo supieron nunca se lo dijeron. Durante quince días el niño estuvo a las puertas de la muerte; luego se produjo una pequeña mejoría. Pero estaba tan débil que los vecinos, al ver la inquietud de la madre, le suplicaron que ofreciera a los dioses un pollo y unas nueces de coco. Es tan poca cosa, decían, que ella no lo negaría. Le predijeron la muerte del niño si no lo hacía. Luego observaron cómo se arrodilló delante de su Dios, el Dios invisible, el sólo verdadero Dios, según decía ella.

—Sin duda no te oye, o si te oye, no se preocupa por intervenir —repetían—, pues tu Dios no te socorre. Se esconde en su lejano retiro donde las oraciones no llegan si no están acompañadas por ofrendas.

No había médico, ni hospital misionero en aquella región, ni ningún otro lugar donde una criatura pudiese ser atendida como correspondía. Mimosa, pues, no podía contar con ningún recurso. El pequeño Mayil quedó tendido, con sus deditos en la boca, como siempre lo había hecho, a manera de consuelo; su madre, mientras tanto, con el corazón angustiado, no veía que recobrará fuerzas. Con gran pesar, Mimosa tenía que dejar al niño para ir a trabajar y ganar algunas rupias para dar de comer a su familia. Durante su ausencia, inquieto, suspiraba por su madre. ¡Oh, si pudiera reponerse pronto! ¡Entonces lo llevaría consigo! ¡Qué horrible era abandonarlo así, sabiendo que la echaba de menos todo el día!

Sucedió entonces lo más triste de esta historia. Mayil parecía estar en vías de recuperación cuando una vecina sagaz aconsejó a su madre darle dos huevos de pata preparados según una receta casera. Con esto se recuperaría completamente, le aseguró. Mimosa, impresionada por el aplomo tan seguro de la mujer, creyó hacer bien escuchando los consejos, e hizo comer al pequeño la mezcla preparada. Casi esperaba ver volver instantáneamente las fuerzas del niño. No fue así. Se le declaró una crisis de disentería y el estado de Mayil empeoró de hora en hora.

Para colmo de males, comenzaba la estación de las lluvias. El techo de la casa que necesitaba urgentes reparaciones empezó a gotear y las paredes de barro se derrumbaron una tras otra. Mimosa no recordó nunca cómo su esposo pudo salir vivo de allí. Bajo un fuerte chaparrón tuvo que buscar adonde ir. Cerca de su casa vivía su hermana viuda. Ésta no amaba a Mimosa a causa de su fe. Sin embargo, temiendo las críticas de los vecinos si se negaba a socorrer a su hermana en tales circunstancias, abrió la casa a los desventurados. Además de trabajar para el sustento diario, Mimosa tuvo que reparar su casa. Poco a poco, juntó el barro caído y volvió a levantar las paredes. Y eso lo cubrió con hojas de palmeras.

Pero antes que terminara su tarea, tuvo que admitir que su pequeño Mayil se moría. Entonces, tomó al niño en sus brazos con toda la ternura de una madre y le dijo:

–Escucha, querido, yo te enseñé a orar. ¿Quieres que ahora yo pida a Dios que no sufras más?

Oró, pues, diciendo:

–Está bien, ¡oh Dios! todo lo que usted haga está bien.

Mayil no dijo nada; estaba acostado con sus dos deditos en la boca. Era su costumbre cuando necesitaba consuelo. Así fue cómo el Señor Jesús lo llevó tiernamente a Él.

## Cuida a mi pajarillo

Mucha gente concurrió, como de costumbre, al velatorio del pequeño Mayil, pero muy poca simpatía testimoniaron a Mimosa.

¿Quién quería condolerse de una madre que había rehusado salvar a su hijo? Algunas mujeres, conmovidas por tanto dolor, no le hicieron reproches, pero la mayoría la censuró. ¿No había rechazado, aun a costa de la salud de su hijo, la sencilla nuez de coco para apaciguar la ira de los dioses? ¡No había de extrañar que los dioses y los demonios se pusieran en su contra!

Si es difícil soportar un dolor cuando se está rodeado de simpatía, ¡cuánto más cuando el camino está sembrado de espinas!

El día en que murió el pequeño Mayil, las mujeres, envalentonadas por el silencio de su dolor, le hicieron comprender sin miramientos que ella era la única responsable de su desgracia, y se burlaron de sus inútiles oraciones.

—Tu Dios no te oye, o no sabes orar; —y mostrándole el pequeño cadáver, añadían con cruel mofa—: Mira la respuesta de tu Dios.

Mimosa sólo respondió con estas palabras:

—Dios me lo dio, Dios me lo quitó, todo está bien.

Pero cuando se quedó sola, y ya no necesitó defender a su Dios, se preguntó angustiada: «¿Por qué mi pequeño Mayil tuvo que partir?».

Al fin llegó a la conclusión de que Dios la juzgó incapaz de cuidar una criatura tan hermosa, por lo tanto se lo llevó para cuidarlo Él mismo. Entonces, levantando los ojos al cielo repitió: «Todo está bien».

En esos países tropicales, sobre todo en tiempo de cólera, cuando un niño muere, se lo envuelve casi inmediatamente en una sábana vieja, con tan solo un minuto para decirle adiós, y se lo lleva para ser quemado.

—Mi hijo no será quemado como un niño hindú, sino que será sepultado como un hijo del Dios viviente.

Tal fue la decisión de Mimosa, y nada la hizo cambiar de idea. Sin embargo, no estaba segura de que su pequeño Mayil tuviera lugar en el cielo de los cristianos, ya que, según ella, no era un niño cristiano; pero, por otra parte, no quería dejarlo quemar según los ritos de la religión hindú:

–No voy a la iglesia, no soy nada, no tengo derecho de pedir nada; no obstante, mi hijo debe tener una sepultura cristiana –se decía.

No hubo, pues, para el pequeño Mayil ni el soplo habitual a través de las conchas, ni ruidosas lamentaciones. Su cuerpito fue depositado en el campo como una semilla, para esperar la resurrección, de la que su madre nunca había oído hablar todavía. Los vecinos repitieron:

–Está loca, ¿quién se preocupa por lo que hace una loca?

Mimosa sólo dijo: –Mi pajarillo voló.

Y levantando sus manos al cielo en un acto de plena confianza exclamó: «¡Cuida tú a mi pajarillo!».

## El remedio mágico

En aquella época, Mimosa y su esposo eran muy pobres. Por lo tanto, cuando él estuvo bastante bien como para hacer un trabajo ligero, ella le suplicó que aceptara lo que le ofrecían, pues ella se sentía sumamente cansada. El marido ya veía lo suficiente para realizar aquella tarea. Debía acompañar a un pariente que iba a uno de esos lugares santos al sur del país. Era un lugar magnífico; un viento fresco soplaba desde las colinas, numerosos peregrinos iban a buscar allí la purificación de sus pecados bañándose a diario en las aguas de una cascada. Emocionantes escenas se desarrollaban constantemente en las pintorescas riberas del arroyo. Era un espectáculo tristísimo ver a esos pobres ignorantes que creían que podían expiar el pecado de sus almas purificando sus cuerpos.

El marido de Mimosa se bañó como los demás, pero sin pensar ni siquiera por un instante en sus pecados. Para él, como para todos los peregrinos, el pecado consistía solamente en las involuntarias contaminaciones exteriores, como tocar alguna persona de otra casta aunque sea por compasión. En cambio, su egoísmo y su pereza no eran para él nada malo.

—Quizá, entre todos ellos se encontrara uno de mil que tuviera un espíritu más iluminado —dijo cierto peregrino quien, tras buscar largo tiempo, terminó por hallar el perdón, la purificación y la paz.

En aquel lugar de peregrinaje, el marido de Mimosa encontró un brujo, el cual le dio un remedio mágico. Era algo pegajoso, negro como tinta de imprenta, envuelto en la hoja de un árbol.

—Traga la tercera parte de esto con un pedacito de hoja durante tres días seguidos. Después, durante cuarenta días comerás en una olla nueva, con una cuchara de madera también nueva. A los cuarenta días tus ojos estarán curados.

Y fue así. El marido de Mimosa volvió curado de su viaje. La India es el país de la sugestión y de la autosugestión.

Cuando volvió, tuvo mucho que contar acerca de las propiedades de esa medicina. Y las vecinas de Mimosa tenían mucho que decirle:

—¿No te dijimos que todas tus desgracias se acabarían si tuvieras el buen sentido de tu marido? Míralo, ya está bien, ¿por quién? ¿con qué? Y tu pequeño Mayil, ¿dónde está? Si hubieses utilizado la cabeza, si hubieses escuchado nuestros consejos, ¿no estaría ahora en tus brazos? Es tu cul-

pa si ya no puedes estrecharlo contra tu corazón. Debes ser una mujer sin corazón por rechazar lo que hubiese salvado la vida de tu hijo. ¿No te lo dijimos? ¿No te lo repetimos? ¿Por qué rechazas las costumbres de tu país?

Y siguieron de esa manera hasta que Mimosa se cansó.

Mucha gente instruida tiene fe en esos talismanes, sortilegios y otros inventos. Hombres de negocios afirman que por la virtud de cierto talismán, aumentaron sus ganancias. Otros dicen haber ganado procesos por ese medio. Los médicos de dos maharajaes muy conocidos aseguran que el talismán curó varias enfermedades. Un niño de la edad de Mayil no murió gracias a un talismán.

Al escuchar estas afirmaciones, Mimosa meditó largamente. Cuán terrible era para ella pensar: «Si tan sólo hubiese hecho esto o aquello...» ¿Quién puede comprender tanto dolor? ¿Se habría equivocado? ¿Era verdaderamente culpable de la muerte de su hijito? Sin embargo, no se quedó mucho tiempo con esa duda. No comprendía muchas cosas, pero sí sabía una cosa: su Dios era el verdadero Dios, por lo tanto era todopoderoso y todo le estaba sujeto. Los encantamientos eran inferiores. ¿Para qué dirigirse a lo inferior cuando podía hacerlo a Quien está por encima de todos? ¿Llamaría al siervo cuando podía recurrir al dueño de la casa?

—Yo no sé nada de estas cosas, Padre mío —dijo—, pero me basta con depositarlas en sus manos. Y prosiguió su camino en paz.

## En casa de sus amigos

Con nuevas fuerzas, Mimosa empezó a trabajar para reconstituir su pequeña fortuna. En la India, cuando alguien está enfermo, los familiares acuden, se quedan uno o dos días y se van; si la enfermedad se prolonga, volverán otra vez. Vienen para inquirir sobre lo oído, simpatizar y aconsejar a la familia. No obrar así, sería como si no amaran a los suyos.

Si alguien fallece, vienen más visitas aún. Hasta llegan parientes lejanos, siempre acompañados de sus hijos. Todo el mundo debe alimentarse y es de imaginar cuántos gastos ocasionan la enfermedad y la muerte a la familia afligida.

Mimosa había tenido que despojarse de todo lo que se podía vender para recibir a sus huéspedes; ella misma padeció hambre algunas veces.

No bien fue capaz, volvió a los campos del bondadoso Booz, sin zarcillos y sin collar. En ese país la gente más pobre, si pertenece a una casta respetable, no deja de adornarse con sus joyas. Las llevan puestas aunque tengan deudas. Nadie critica esa costumbre, ni aun el acreedor. Incluso se puede mendigar teniendo zarcillos en las orejas. Hasta el corazón más despiadado no los censurará, ni rechazará una limosna por una razón tan insignificante. Pero no llevar joyas es considerado como algo vergonzoso, humillante e intolerable.

Mimosa tenía sus ideas particulares a este respecto; nadie la comprendía. Ella era su propio juez; por lo tanto, vendió todas las pocas joyas que le quedaban de su dote para alimentar a sus numerosos visitantes, y obrando así no contrajo deudas.

En el ínterin, el hijo de su hermano falleció.

—No vayas —le dijo su esposo—, pues ni tu hermano, ni su mujer vinieron cuando Mayil murió.

Estuvo a punto de escuchar ese consejo; pero después de reflexionar, quiso devolver bien por mal y se marchó, llevando a sus dos varoncitos.

La ceremonia estaba en su apogeo. A cada invitado se le daba una hoja de llantén, de hermoso color verde satinado, sobre la cual servían arroz con las diferentes especias. Esta hoja, una vez usada, se tiraba a la basura.

Cuando la persona que servía llegó frente a Mimosa y sus hijos, observó que la joven no llevaba alhajas. Tomando pues una hoja que ya había servido, todavía cubierta de restos de arroz, se la pasó. Apenas podía creer semejante injuria; nunca lo hubiera imaginado. Solamente tocar la ho-

ja utilizada por otro comensal constituye una mancha. Mucho peor es tocar los restos de otro. Ni siquiera un niño se portaría de esa manera con un compañerito, ¡cuánto menos con un huésped! Mimosa se quedó muda de asombro. Colocaron otras hojas iguales delante de los niños. Sintieron el insulto que les habían hecho y estallaron en llanto. La madre comprendió enseguida lo que debía hacer.

—No lloren, pequeños —susurró acariciándolos dulcemente para que no se fueran—, comamos lo mismo, no interrumpamos el festín, seamos pacientes. Y más bajo agregó:

—Aceptemos esto también, Dios lo permite; de otro modo, no hubiese sucedido así.

Sin embargo, la herida era profunda. En cuanto les fue posible, sin causar escándalo, se retiraron de la casa; no aceptó nada de parte de «sus amigos» para el largo camino de regreso al hogar, impidiendo así dejar escapar, en su enojo, palabras que ella hubiese sentido.

Cinco horas de marcha los separaban de la casa. No bien llegaron, los viajeros se lavaron, como para sacar hasta el recuerdo de lo sucedido. Luego, tomaron juntos una cena en donde reinaba el afecto y la cordialidad. El amor propio de los varones había sido herido profundamente; sin embargo, pronto olvidaron la ofensa. El marido de Mimosa no pudo dejar de exclamar:

—¿No te había dicho que no fueras?

Y, a la verdad, ¡cuán mejor hubiera sido quedarse en casa! Esa noche comenzó la lucha para ella. Se daba cuenta de lo grosero de la ofensa. Era una afrenta hecha en público; una afrenta imperdonable, desde el punto de vista de los hindúes, inolvidable. No se puede comparar con nada entre nosotros; claro que sería una total falta de cortesía ofrecer un cuchillo y un tenedor sucio junto con un plato con sobras. Había sido peor que eso; la cuestión religiosa estaba en juego. Sintió una infinita tristeza recordando al pequeño Mayil, al que ellos no visitaron cuando se moría. Ella había ido a ver a estos familiares que estaban con tanto dolor como para decirles: «Les perdono, seamos amigos». Ellos comprendieron el motivo de su visita, ¡y qué respuesta recibió! Recordó las dos monedas que negaron prestarle; eso también lo había perdonado. ¿Y para qué? Traspasada hasta lo más profundo de su alma, repasaba estas cosas en su espíritu durante la noche. ¿Obrarían así porque no era como ellos, sino que amaba al Dios de los cristianos? ¡Pero también ellos eran cristianos! ¿Por qué, pues, esa cruel afrenta? ¿Porque no tenía joyas? Pudo haber alquilado algunas, lo que a los ojos de ellos hubiese sido más cortés; pero ella estimaba que esto no era lo honesto.

Puesto que ellos eran cristianos, ¿por qué eran tan diferentes a su Dios? A unos 8 km. de la casa de Mimosa, donde en ese momento estaba acostada, presa de su dolor, vivía un verdadero cristiano, bueno con todos y compasivo como su Maestro. Además, entre esta distancia había por lo menos dos o tres mujeres cristianas, las cuales le habrían mostrado verdadero amor cristiano. Pero aquellas mujeres pertenecían a otra casta y no tenían acceso a la suya, excepto si se las invitaba. Desgraciadamente, Mimosa no sabía nada de ellos, ni ellos de Mimosa; pues a menudo la casa de nuestro vecino más próximo es un mundo desconocido para nosotros, y 8 km. equivalen a una distancia infinita.

Mimosa recordó a la anciana que la ayudó cuando más lo necesitaba, siendo para ella como un verdadero ángel de Dios. «Te conduciré hasta en los más pequeños detalles», le había dicho. ¿La había conducido Dios a la casa donde había sido despreciada por su familia? Cuanto más pensaba en esto, más sentía la vergüenza del insulto recibido. Había sido abofeteada en la casa de su propio hermano. ¿Por qué existían corazones tan duros? Hasta entonces, nada la había herido de esa manera. Todo aquel día se supo contener, pero esa noche fue dejada a la merced de su dolor. “Las aguas me rodearon hasta el alma, rodeóme el abismo; el alga se enredó a mi cabeza” (Jonás 2:5). Si hubiese conocido estas palabras, las habría tomado para sí, mientras sentía nostalgia de su hijo y sufría la malevolencia de los que no la comprendían. Lo que más la apenaba, eran los malos pensamientos que llenaban su corazón. ¿Era bueno estar tan enojada? ¿Qué pensar de ello? ¿Por qué no perdonar? ¿Podía perdonar?

De pronto se acordó de su Dios, y al pensar en Él desapareció la amargura de su corazón. La paz, una paz inefable la embargó. ¿No sucede siempre así? Todos los que gozaron de este consuelo pueden testificar de esta paz. El Señor Jesús, quien fue despreciado en casa de sus amigos, el que no apartó su rostro de las injurias más violentas, estaba con Mimosa, aunque ella no lo sabía. Bastaba pensar en Él para sentir su consuelo, su simpatía y el alivio a su dolor.

Al disfrutar esta consolación, pudo perdonar, y se durmió en total paz.

## El que trae suerte

Los hijos de Mimosa eran niños simpáticos y se hacían querer. El mayor era un hombrecito que sabía arreglárselas solo. Era muy recto por naturaleza. El pequeño Music era muy inteligente y atractivo. Luego nació el cuarto. El cuarto hijo, si es varón, según se dice trae buena suerte a la familia. Si además el quinto es una niña, los dos son considerados como buen presagio. ¡Ay de la familia en que el cuarto es una niña o el quinto un varón! Se consideran como malditos por los dioses desde su nacimiento; traen la desgracia sobre todos sus familiares. Mimosa cuidaba a este bebé como la niña de sus ojos; de hecho, nunca estuvo separada de él, ni siquiera por un día.

La víspera del nacimiento, la madre sintió una gran angustia. Su marido se hallaba en una ciudad alejada. Mimosa sentía que le fallaba el corazón; fue una de las horas más sombrías de su vida; no veía luz en ningún lado. Trató de orar, pero no encontraba palabras para ello, sólo podía levantar los ojos al cielo y decir: «¡Dios mío, Dios mío!».

Al fin se durmió y soñó que veía a su bebé esperado, un varón, un portador de suerte. Estaba acostado en la estera al lado de ella, en perfecto estado y de hermoso parecer. Mientras lo miraba con ternura, vio cómo una serpiente se enrolló alrededor de él, y luego huyó pasando por debajo de la puerta. Cuando contó su sueño, todo el mundo estuvo de acuerdo para asegurarle que esto era buena señal. La serpiente representaba a Saturno, el dios de las desgracias que la había perseguido durante muchos años, haciéndola pasar por la pobreza, las enfermedades, el duelo. Ahora todo cambiaría puesto que la serpiente había huido.

Pocos días después de nacer el niño, el marido de Mimosa, habitualmente con tan mala suerte, encontró en la calle una joya de oro que trajo a casa. En vano trataron de encontrar al dueño. Entonces, guardaron la joya como si fuese un depósito bancario; ya no se sentían sin recursos. Para Mimosa tenía doble valor porque le parecía que la había recibido de Dios mismo y le dio gracias por ello. También su marido se sintió alentado. Si de veras la serpiente representaba el mal, ¿no lo había echado fuera Dios mismo?

## El torito gris

Un día, mientras Mimosa me contaba sus experiencias y su vida pasada, de repente expresó: «Entonces el torito gris se fue al cielo». Sabía algo de ese lugar, de sus puertas de perlas, sus muros, sus calles de oro puro, su río y árbol de vida. Este cuadro de hermosura y de gloria había llamado la atención de esta joven. Veía en la imaginación al toro hollar las calles de oro, como en la India hollaban las calles de las ciudades y los pueblos. Y como en el cielo había un río y árboles, pensó que sin lugar a dudas había campos y toros. «Sí», continuó diciendo con tono soñador y como reviviendo aquel atardecer, «hace mucho tiempo, en un día muy triste para mí, estaba trabajando en un campo de propiedad de mi madre; ese campo se llamaba ‘el campo del agua preciosa’ pues cerca había agua donde los obreros podían refrescarse; en ese lugar el algodón siempre crecía más abundante. Yo también encontré en aquel campo el agua preciosa para calmar mi sed, no el agua de la tierra, sino el agua de vida. Allí fue donde mi verdadero Dios me habló y me enseñó algo más de su amor.

»En esa época las plantas de algodón eran jóvenes todavía. Colgué la hamaca de mi bebé en una rama de acacia que estaba cubierta de flores amarillas, estas bolitas amarillas de olor tan suave.

»El usufructo de ese campo me pertenecía durante un año y la venta de sal prosperaba. Compramos un par de toros para el arado: uno era gris, el otro color marrón; fue el gris, Mylo, el que Dios nos quitó.

»Pero antes habíamos ganado mucho dinero gracias a él. Yo cultivaba el campo sin hacerme ayudar por perezosos boyeros. Con mis propias manos cuidaba las plantas, juntaba el algodón y lo cardaba. De esa forma toda ganancia era para nosotros. Aquel año, la cosecha fue más abundante que nunca y todo el mundo se asombró. Mi esposo quiso que el dinero de la primera venta se destinara a la compra de mis pendientes, y yo consentí en ello.

»Después, una tarde, sin que supiéramos por qué, Mylo, el toro gris, no quiso comer, se echó y murió. Estuvimos muy afligidos pues era una gran pérdida para nosotros; ¡habíamos hecho tantos proyectos!

»Aquella tarde, en ‘el campo del agua preciosa’, pensaba tristemente en esas cosas, cuando de pronto, me vino un pensamiento como si fuese una luz reveladora: todo lo que Dios, en su bondad, hace para sus hijos ¿acaso no es bueno? Entonces esto también debe ser bueno. Si Mylo viese, ¿no estaríamos tentados a agregar campo tras campo y enmarañarnos en el amor a las co-

sas terrenales? Pensé luego en el hermano mayor de mi esposo, ¿no hubiese querido manejar él la situación? Hubiéramos tenido peleas, y caído en nuevas desgracias. Dios, en su sabia previsión, ¿no prepara el camino de los suyos para que no caigan en la red del enemigo?

»La pérdida de Mylo era, pues, una bendición y debíamos aceptarlo con tranquilidad. Admiré la sabiduría de Dios y me acordé de lo que decía la anciana abuela: ‘Serás maravillosamente conducida, hasta en los más pequeños detalles’».

El esposo de Mimosa tomó este contratiempo con calma; para él era la suerte, y la suerte nunca le había favorecido. Además, poseer campos significaba trabajo, y el trabajo no era de desear. Ahora estaban tranquilos. Ella, tan activa y emprendedora, al principio sintió mucho esta pérdida, porque en aquel momento aún no sabía de esa gracia de Dios tan maravillosa que nos vuelve capaces de atravesar pruebas temporales, de manera que al final no perdemos nada de los bienes eternos. Así, pues, este pensamiento fue para ella como una verdadera luz; entonces pudo recordar agradecida al pequeño toro gris y la lección recibida por su medio.

## La marca de Siva

A cierta distancia del pueblo de Mimosa se encontraba una célebre ciudad, verdadera ciudadela de la religión hindú. Su templo estaba ubicado a una altura desde donde se dominaba toda la ciudad. Allí sucedían cosas indescriptibles. Se podía comparar a Sodoma.

El marido de Mimosa se fue a vivir allí con su hermano y llevó consigo a su hijo mayor. A pesar de todos sus esfuerzos, Mimosa no pudo impedir que se fuera. Su marido era un hombre obstinado, como lo son todas las personas sin voluntad propia.

Un rico mercader, conocido suyo, necesitaba un joven para ayudarlo en su negocio. Kinglet obtuvo el puesto; pero para poder trabajar debía conducirse como un buen hindú y llevar la marca de Siva en su frente. Su padre lo llevó, pues, al templo. Era un inmenso edificio, con pilares y cielo raso esculpidos, y puertas que se hubiera dicho, imposibles de abrir.

De día ya era impresionante; de noche era realmente espeluznante. Kinglet y su padre fueron de noche. Entraron por las puertas formidables, por las que solamente ciertas castas pueden pasar. Atravesaron el inmenso edificio y llegaron al santuario donde centenares de luces titilaban alrededor del altar. Allí, el padre ordenó al hijo que se pusiera cenizas de Siva en la frente, para ser reconocido como un adorador de la divinidad.

Kinglet se acordó de su madre, sacudió la cabeza y trató de apartarlas. Pero ¿qué podía hacer un niño solo contra influencias tan poderosas? Su padre lo amenazó; la oscuridad hizo el resto. Cedió, y las cenizas fueron aplicadas cada día, desde entonces, en su frente. Siva había ganado la batalla.

Cuando Mimosa lo supo, se retiró a su pequeño santuario.

—Oh, Padre mío, ¿cómo podré soportar esto? Creo que todo acabará mal. No lo puedo comprender. ¿No será contestada mi oración? Yo le había pedido otra cosa para mi hijo.

Y sus lágrimas corrían más amargas que cuando murió Mayil. Esto era peor que la muerte. Sufrió una verdadera tortura, y aún hoy, pese a que su hijo no lleva más la marca de las cenizas, porque aquello pasó hace mucho tiempo, apenas puede contarlo sin que su alma se estremezca con este recuerdo.

Después de esto, su corazón se llenó nuevamente de paz sin que ella supiera de qué manera.

–No le importará más con mis preguntas –dijo en voz alta. (Siempre oraba en voz alta, salvo cuando una alegría o una tristeza muy grande le impedía hablar)–. Dejo todo en sus manos; usted me condujo maravillosamente hasta en los más pequeños detalles. ¿No me prometió que se haría cargo de mis cosas? ¿Acaso no es cierto lo que me dijo la anciana una vez? Yo y los míos, mi marido y mis hijos estamos bajo su cuidado. Entonces, nada tengo que temer.

Tales sentimientos se asemejan mucho a lo que es el triunfo de la fe. Desde entonces, Mimosa podía alegrarse cuando tenía buenas noticias de su hijo. Supo que él era el único joven perfectamente honesto a quien su patrón había hallado.

–Había pedido a mi Padre que me diera hijos absolutamente rectos –dijo un día–, y Kinglet lo fue. Este mercader vendía toda clase de cosas: aceite, nueces de coco, especias y frutas; podía confiarlas enteramente en manos de mi hijo. Cuando Kinglet dejó de trabajar para él, el hombre lloró y dijo: «Nunca encontraré otro empleado como él».

Cuando dos veces al año su hijo volvía a pasar cinco días con su madre, la alegría de Mimosa era inmensa, aunque se entristecía viendo las cenizas en la frente del muchacho.

Limpiaba las cenizas, pero no podía impedir que le colocaran otras al volver al trabajo. Todo lo referente al rito pagano le causaba horror. Había preservado a su hijo de toda forma de idolatría desde su niñez, ¡además era su primogénito!

## El que trae desgracias

Le esperaba un nuevo dolor. Su quinto hijo también fue un varón.

Los vecinos vinieron a verla; zumbaban a su alrededor como abejas. La compadecían o la censuraban, según sus antojos. Pero todos sacudían sus cabezas y volvían las palmas de sus manos al cielo profetizando cosas terribles.

¡Pobre Mimosa! ni ella sabía qué pensar. Cuando nació el quinto hijo de su hermana, ¿no había traído desgracias? ¿No trajo prosperidad el nacimiento de su hermana Star en su propia familia? Era la quinta, la que trae suerte. Y sin ir más lejos, cuando nació su cuarto hijo, su marido había encontrado la joya, y los campos habían traído prosperidad a su hogar.

Abatida, y sin poder protestar, escuchaba lo que decían a su alrededor.

–Déjalo morir, es lo único que hay que hacer.

–Deshácese de él, déjalo a alguien y se alejará el peligro.

En la India, muchas personas aceptan el regalo de un niño; lo crían para tenerlo después como criado.

–Mátalo –le sugerían también.

En las afueras del pueblo había un seto de cactus tras el cual tiraban a esos niños; los cuervos y los perros los hallaban. Mimosa como verdadera madre no quiso escuchar nada más.

–¿Dejar perecer a mi hijo? ¿Darlo a un desconocido? ¿Matarlo? –Y su voz subía cada vez más–. Váyanse, mujeres de malos consejos. Aunque fuese un hijo de desgracias, es un don de mi Dios. Y ocultó a su hijo de las miradas malvadas apretándolo contra su pecho.

Cuando se fueron, Mimosa se volvió hacia su Dios. Las voces de las mujeres la habían ensordecido y trastornado como cuando se pasa por una emoción muy fuerte. Por un momento, no pudo hablar; finalmente encontró las palabras para rogar que su quinto hijo pudiera crecer fuerte y hermoso, de modo que todos vieran que había encontrado gracia a los ojos de Dios. Que todos pudieran ver y admitir que su Dios sobrepasaba en poder a todos los dioses, aún a los dioses de desgracias.

No le puso nombre a su hijito. ¿Cómo llamar a ese niño? Todos los nombres hindúes tienen un significado. De acuerdo a su habitual instinto, Mimosa esperó. Cuando más tarde le sugerimos «Don de Dios», quedó encantada. Él era verdaderamente un don de Dios.

Su oración fue contestada, y el niño creció fuerte y hermoso. A los seis meses se podía sentar y raramente lloraba. Pero llegó el sarampión a la ciudad, los niños se enfermaron; el penúltimo estuvo al borde de la muerte, y el bebé era sólo piel y huesos. ¡Qué prueba de fe para la madre! Su esposo, aunque restablecido por completo, parecía totalmente indiferente a su pena, y no tenía ningún interés por su último hijo. Mimosa no tenía dinero para comprar los medicamentos indicados por el barbero, quien en esos pueblos hacía las veces de médico. Y lo peor de todo era que no podía comprar alimentos que ayudasen a combatir la enfermedad de sus pobres criaturas que cada día estaban más débiles. Como no podía trabajar, tenía aún menos dinero que de costumbre. Se sintió tentada a abandonar su fe y a volver a lo que había dejado. Sólo tenía que apaciguar dos clases de dioses, los de las enfermedades y los de la mala suerte, con una nuez de coco y algunas flores. ¿Era demasiado a cambio de la salud de sus cuatro hijos?, le repetían. Y de nuevo le hablaban de comprar un talismán. Había uno muy inocente, además ¡costaba tan poco! Una rana atada en una bolsita al cuello del enfermo le daría poco a poco la fuerza que ella iba perdiendo por falta de alimento. ¿Por qué no probar? Había muchos brujos en el pueblo; sabían cómo conseguir ayuda. Mimosa no lo dudaba. Los que han visto sus obras, tampoco lo ponen en duda. Ante el Faraón, Moisés y Aarón, por el poder y el mandato de Dios hicieron milagros. Sin embargo, se ve que “hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos” (Éxodo 7:22). En el Libro divino no hay palabras inútiles; están escritas para todos los pueblos en todo tiempo. Como quiera que se llame, el poder del maligno está al servicio de los que se entregan al mal.

Mimosa sabía cuál era el precio para obtener socorro. Pero, no quiso pagarlo. Todo el mundo la aconsejaba:

–Vuelve a tus dioses, y tus penas se acabarán.

–No temas, pobre mujer, los dioses son misericordiosos. Ofréceles los sacrificios que se les debe y todo saldrá bien.

–¿Por qué te detienes? Tus días son como las aguas agitadas por el viento; tus desgracias se suceden como las olas del mar. No puede ser de otra manera, ya que despreciaste a los dioses antiguos. ¿Vales más que tu padre? ¿Eres más sabia que él? ¿Abandonó él a los dioses de su pueblo? ¿Acaso no oyó la nueva doctrina y la rehusó? ¿Eres tú superior a tu padre?

A nadie se le ocurrió que las últimas palabras de su padre fueran el testimonio de una nueva fe.

–Miren, pues, a esa insensata –continuaban diciendo los vecinos. Y añadían palabras aún más duras.

Ella se parecía a la planta de mimosa en distintos aspectos: pisoteada junto al camino por donde vuelven los rebaños al establo; agitada por el menor soplo, percibiendo las vibraciones causadas por el trueno. Basta tocar la mimosa para que las hojas se cierren una tras otra, y el tallo se incline bruscamente. Sólo las pequeñas borlas amarillas de sus flores se yerguen hacia la luz del sol.

Quien ve por primera vez la planta de mimosa en ese estado, dice: «Está marchita», desconociendo la particularidad que tiene de replegarse sobre sí misma al menor contacto. Pronto se dará cuenta de su error. El arbusto, que crece en una zanja, extiende sus raíces hacia un hilo de agua proveniente de los campos de arroz. Fortalecida por el contacto bienhechor de la corriente, la mimosa vuelve a mostrarse vigorosa y endereza su tallo caído como si ya no existiera para ella otro peligro en el mundo que el ser rozado por las frágiles alas de una mariposa.

Dios tuvo compasión de Mimosa, y como la planta a orillas del camino, cobró nuevos ánimos tomando de las fuentes eternas de Vida. Las pruebas por las cuales hubo de pasar, fueron un medio en las manos de Dios para fortalecerla y enseñarle a conocer mejor a su Padre. Dios incluso puede servirse de lo que Satanás hace para que progrese Su obra.

Los cuatro niños se restablecieron. «Fue obra de mi Dios», nos dijo más tarde al contar su historia, «y sólo obra suya, porque yo no pude hacer nada para ellos de lo que hubiera querido».

Llena de amor y de agradecimiento, sin preguntarse siquiera cómo el Dios del Universo haría caso de ofrendas tan ínfimas, puso aparte para Él las primicias de sus ganancias, las que entregó a la iglesia cristiana vecina por medio de sus hijos.

## La botella vacía

Sus sufrimientos no habían llegado a su fin. Los niños tuvieron después una enfermedad de la piel; el pobre bebé, cubierto de llagas rojas, se quejaba día y noche. Mimosa quiso suavizar su dolor con aceite, pero la botella estaba vacía y no había dinero para comprarlo.

Fueron momentos penosos. Podría haber pedido prestado, pero ese proceder le desagradaba, no porque hubiera oído decir que estuviera mal hacerlo, sino porque su instinto mismo la retenía.

—Nuestro Dios lo sabe; Él cuidará de nosotros. Me dará la fuerza y me ayudará a ganar más si lo cree bueno para nosotros —dijo a sus hijos.

Esa noche, oyendo a sus pequeños llorar y quejarse, su fe fue puesta a dura prueba. Desde hacía años ella enviaba regularmente por medio de sus niños ofrenda de acciones de gracias al Dios de los cristianos, a quien también adoraba. A veces el don consistía en una monedita de plata; otras veces, solamente en un puñado de sal. El niño que lo llevaba lo ponía en la bandeja destinada a los dones y se marchaba sin que nadie preguntara quién era el donante. Así, nadie reparaba en esas pequeñas ofrendas que se confundían con las demás.

—Si hubiera guardado esas monedas ganadas trabajosamente —pensó—, hoy tendría algo para aliviar a mis hijos.

Pero pronto desechó esos pensamientos. Hizo arrodillar a sus pequeños junto a ella sobre las esteras y oró diciendo:

—Dios nuestro, ¡ayúdenos en estos sufrimientos!

Pidió también las fuerzas necesarias para trabajar a fin de poder comprar lo que tanto les hacía falta. Consolados y reconfortados, los niños se durmieron.

¿Y el aceite?

Durante todos esos años, las hermanas de Mimosa nunca pensaron en enviarle cualquier cosa. Tal vez fue debido a que vivían lejos e ignoraban sus necesidades; o quizás, conociendo su carácter, temían un rechazo.

Por su lado, Mimosa nunca les habló de sus dificultades, y si algo habían oído, era por intermedio de otras personas; pues ella, preocupada por el hecho de que el nombre de Dios no fuese blasfemado, no contaba nada a quien no podía comprender.

«Yo conozco Su amor, ¿cómo podría dudar de Él? Si les contara mis penas, ellas dirían: ¡Ah, tu Dios no es tan bueno como los nuestros! ¡Mira, a nosotros no nos falta nada!».

Un día, sin embargo, ocurrió que sus dos hermanas pensaron en ella y en su familia. Dos veces durante este período le enviaron pequeños regalos que vinieron muy apropiados y ella no pensó en rechazarlos. La botella de aceite se llenó y hasta pudieron comprarse otras cosas indispensables. Con el corazón conmovido, Mimosa dio gracias a Dios y cobró nuevos ánimos.

Así obraba esta mujer hindú tan ignorante, en todas las circunstancias difíciles de la vida, con oración y confianza, aceptando la enfermedad como venida de Dios, y esperando de Él la curación, sin preocuparse por saber de qué medios se valdría para hacerlo. Consideraba que el excelente aceite de eucalipto que aliviaba al instante la mordedura de un escorpión era un don de su buen Padre de los cielos, al igual que el arroz y el curry con que se alimentaban sus niños. En su fe, no turbada aún por los dichos de los hombres, le parecía muy natural que Dios pudiera sanar, y si el alivio no llegaba inmediatamente, la oración le traía una gran paz. «La paz... eso es lo importante», decía en su inocente simplicidad.

Más tarde, cuando le preguntaban por qué hay muchos enfermos que no son sanados, por ejemplo su pequeño Mayil, ella miraba tranquilamente a su interlocutor diciendo que no sabía, pero que su Dios sí lo sabía. ¿No bastaba? A cualquier cuestión embarazosa respondía de esta manera. Ahora suele contestar con un movimiento de manos que en el idioma tamul significa tantas cosas como lo que se expresa con la lengua, y con una sonrisa que ilumina su rostro habitualmente serio. Otras veces, levantando los ojos, dice: «Padre, usted lo sabe. Todo está bien, Padre, ciertamente todo está bien».

Esta historia ¿parece inventada o por lo menos modificada? No hay ni una línea que no sea verdad, pues una historia ampliada por poco que sea deja de ser verdad. Además, ¿se puede inventar o retocar algo que está relacionado con verdades divinas? Las obras de Dios tal como existen, ¿no son perfectamente bellas? ¿Para qué arruinarlas tratando de añadir algo? Sucesos que nos parecen imposibles siguen ocurriendo, porque Dios queda el buen Padre de los cielos para con sus hijos.

## Él es mi sanador

El pueblo en que vivía Mimosa tenía muy mala reputación. El jefe de policía nos dijo que se cometían allí más crímenes que en ninguna otra localidad de la región. Nos contó historias que erizaban los cabellos. En ese medio vivían Mimosa y sus hijos. También allí, en medio de tantas atrocidades, habitaba el amable primo que había leído a Mimosa la carta de su hermana. Nadie había oído jamás a este hombre proferir palabras desagradables. Por el contrario, él siempre derramaba a su alrededor una atmósfera apacible.

Sucedió que Mimosa, cuya salud declinaba desde hacía algún tiempo, cayó realmente enferma. Alcanzó a preparar alimentos para tres días, después de lo cual se desvaneció. Durante los tres días siguientes permaneció acostada, sin socorro; nadie conocía su estado y nadie vino a verla. Los niños, asustados, permanecían a su lado sin comprender lo que sucedía. Cuando llegaba la hora de comer, tomaban del alimento preparado de antemano; ella en cambio no era capaz de comer. No podía levantarse y extender su sari delante del Señor, pero su alma esperaba en él. «Envíe el socorro, se lo pido, Padre. Estoy segura de que usted sabe qué pasa. Usted ve que mis hijos me necesitan y que yo no puedo levantarme por el dolor que me tiene postrada. Quiera aliviarme, Padre. Permita que pueda levantarme para ocuparme de mis hijos y de mi casa».

Al promediar el tercer día, entró una vecina y dio la voz de alarma. Mimosa parecía moribunda. Deliraba.

—¡Se muere, se muere!—gritó precipitándose a la calle.

El primo, el hombre de paz, oyó el rumor. Acudió enseguida trayendo un vaso lleno de aceite con el que ungió a la enferma friccionándola suavemente a la manera hindú. Para sorpresa de los presentes, Mimosa se reanimó. El primo fue en busca de alimento para los niños que empezaban a tener hambre. A ella le dio un poco de agua en la que había hecho hervir arroz y Mimosa pronto pudo tomar algo más consistente.

—No tuve más dolor—nos contó— y pronto me sentí con fuerzas.

Los que la rodeaban se sorprendieron mucho, pero ella no veía en ello nada extraño; era una prueba más de la bondad de Dios.

## El amor en el temor

Mimosa sentía una gran aprensión por sus hijos. ¿No cohabitan siempre el temor y el amor en el corazón de una madre? Sabía que había muchos peligros en la calle, tantos como las motas de polvo en el camino.

No olvidaba la impresión indeleble que recibió de niña al ver y oír cosas inconvenientes. Muy lejos en su memoria recordaba el día en que su padre había descubierto que su hijo frecuentaba malas compañías. Había atado al joven a un pilar en la parte alta de la casa y lo había castigado con una cuerda. Después, en su desesperación, le infligió el castigo más terrible que puede dar un padre hindú, el que a veces también se da a quien quiere seguir a Cristo: le echó pimienta en los ojos.

Pero todos esos medios resultaron vanos pues sólo el Espíritu Santo puede cambiar el corazón. Prohibieron la entrada a la casa al joven culpable; su madre y sus hermanos casi no volvieron a verlo. El padre luchaba solo con su pena. Su hijo había gastado todos sus bienes, pero eso no era nada en comparación con lo demás. Cuando el joven declaró su intención de hacerse cristiano, el padre sonrió, con cierta amargura, pensando que al final eso ayudaría a su hijo a cambiar de vida.

El joven llegó a la misión sin decir palabra de su vida pasada. No descubrimos enseguida que la verdadera razón de su llegada era hacer estudios comerciales. Por lo tanto fue recibido con gozo y amor como a cualquier alma que debe ser llevada a la verdad. Pero ¡ay! hizo sufrir a los que tomaron interés por él.

Este joven, ya adulto, volvió a su pueblo. Cada vez que encontraba a Mimosa la hería con sus malas palabras; sin embargo, no hacían mella en su corazón mientras pudiera guardar a sus hijos de su influencia nociva. Además de sus muchas ocupaciones, su vigilancia maternal por ellos era constante.

Mimosa tenía a sus hijos casi siempre a su lado, porque a su alrededor no había nadie que compartía sus sentimientos, nadie a quien confiarlos. Ellos le ayudaban en los trabajos de la casa, en contra de la costumbre del país, ya que en la India los hijos varones no son sirvientes sino servidos.

Al principio refunfuñaron.

–¡Cómpranos una hermanita! –le dijeron un día–; ella podrá barrer la casa, lustrar los objetos de cobre y ayudar en la cocina. Si tuviéramos una hermana, no tendríamos que trabajar.

Mimosa sonrió. Sabía que daba a sus hijos una buena educación. Les dijo que todo era bien así y que no hacía falta una hermanita porque ellos la ayudaban perfectamente.

## Alabemos al Señor en todo tiempo

Con la larga enfermedad de los niños se terminaron los recursos de Mimosa y llegó otra vez el día en que la pobre madre no tuvo nada para darles de comer. Se acordaba de las dos rupias que le habían negado y no quería exponerse a un nuevo rechazo.

«Se lo diré a mi Padre», pensó. Hacía rato que había pasado la hora del almuerzo; en la casa no había ni una legumbre, ni un grano de arroz, y ella no podía ir a trabajar. Atrajo a sus pequeños para orar como en otras ocasiones, diciéndoles que su Padre no los abandonaría jamás. Desde su tierna infancia se habían arrodillado con ella sobre sus esteras, escuchando sus simples peticiones. Les había enseñado a agradecer a Dios por los alimentos, como lo hacen los cristianos, conforme lo había hecho su hermana en aquella tarde memorable en que la visitó en la Misión.

—Alabamos a Dios cuando tenemos alimentos —dijo a los niños que la miraban llorosos y hambrientos—, alabémosle también cuando no los tenemos.

Y se arrodillaron juntos.

—¡Oh Dios! ¡oh Dios verdadero! ¡oh Padre, le adoramos, le alabamos!

Después pidió para todos el contentamiento y el sueño.

Los niños se durmieron, pero la madre no hallaba el reposo. Hora tras hora extendía su sari ante Dios. Recordó el proverbio que su padre solía decir: El jardinero que debe regar un gran jardín, ¿no olvida a veces una pequeña planta?

—Padre, mis niños y yo somos sus plantas y usted debe ocuparse del mundo entero; tal vez nos olvidó esta tarde. Pero no importa; ¿quién soy yo para recordárselo? No puedo dudar de usted. Sólo le pido que nos ponga debajo de sus alas como la gallina pone a sus pollitos.

Era cerca de la media noche. La casa, demasiado pobre, no tenía luz. Habían orado en la oscuridad y luego, igualmente en la oscuridad, los niños se habían acostado; mas Mimosa quedó largo tiempo de rodillas.

Para la gente de la India, las tinieblas son el reino de los demonios. En tiempo de una epidemia de cólera, recorriendo yo las calles oscuras de Dohnavur, nadie abría la puerta —incluso en los casos más graves— sin formular una serie de preguntas cautelosas que manifestaban el temor.

—Teníamos temor de los demonios —era la excusa acostumbrada cuando al fin me dejaban entrar.

Esa noche, en las calles apenas iluminadas por las estrellas, se oyeron pasos. Alguien se detuvo frente a la puerta de Mimosa.

—¡Mimosa!

Ella abrió inmediatamente al reconocer la voz, y a la luz del cielo estrellado vio, erguido ante ella, a su primo que ya la había socorrido en otra ocasión. Ella se había cuidado de no ponerle al tanto de las circunstancias que atravesaba nuevamente la familia, porque él no creía en su Dios.

—¿Tienes con qué alimentarte? ¿No tienen hambre los niños?

¿Qué podía responder Mimosa? Sabía que quien lo enviaba en aquella hora era su Dios, y de gozo, no pudo decir ni una palabra. El Jardinero no había olvidado a sus plantitas. Pero, en este asunto el honor por su Dios estaba en juego porque el primo era un hombre inconverso. Hubo, pues, un momento de silencio.

—Mira —dijo señalando a sus hijos dormidos sobre las esteras—, somos felices y esto es lo esencial; ¿no vale más la felicidad que el alimento? Lloraron un poco, pero ahora duermen porque nuestro Dios los consoló.

El primo no lo entendía así. Entonces Mimosa encendió una mecha impregnada en aceite y despertó a los niños. A la vacilante luz de la llama vieron maravillados una olla de arroz con legumbres, comida que habían ansiado.

El primo no supo explicar qué lo había empujado a venir. Lo único que pudo decir fue que algo lo había mantenido despierto; obsesionado por la idea de que debía llevarles comida con toda urgencia, se levantó y, tomando el resto de su propia cena, se la trajo.

## He aprendido a conocerlo mediante el sufrimiento

Pasaron algunos meses. El primo de Mimosa seguía demostrándole su bondad, pero la gente del pueblo la miraba con malos ojos; ya le resultaba casi imposible mantener a sus hijos alejados de las influencias externas. Empezaban a comprender muchas cosas y hacer preguntas; se daban cuenta de que su hogar estaba dividido. La madre anhelaba darles lo que ella nunca pudo tener: la ocasión de aprender a conocer al Dios vivo y santo para que pudieran servirle. ¿Cómo hacerlo? La mejor manera era orar. De noche y de día, en medio de su actividad, su alma se derramaba en súplicas por sus hijos. Su actitud no podía pasar desapercibida entre los que la rodeaban. Un día su hermano –el que había sido educado en la misión– se burló de ella con estas palabras:

–¿Crees que sabes orar! ¿Quién te enseñó a hacerlo? Si no sabes ni la primera letra del alfabeto, ¿cómo te atreves a orar?

Mimosa lo miró pensativa. Él podría enseñarla, ¡había aprendido tanto! Pero el hermano estaba lejos de pensar en tal posibilidad.

–Yo no soy más que una pobre mujer, no sé nada –se decía–; tal vez él tenga razón y sea yo quien me equivoque.

El hermano no dejaba de avivar la llaga, acompañando sus palabras con una risa burlona que resonaba por la calle.

“¿He sido yo un desierto para ti?” (Jeremías 2:31).

“Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:32).

Mimosa no había escuchado nunca estas palabras, ni sabía nada de las verdades que dan fuerzas al corazón fatigado. No obstante, ¡cuán maravillosos son los caminos de nuestro Dios! Él está allí, a veces escondido, otras veces, revelado, pero ¡siempre presente! Mimosa lo comprendía ahora.

Y de pronto, llena de gozo, reconoció todo lo que Dios había hecho por ella durante esos últimos años.

Más tarde diría a su hermana: «Tú conoces a Dios porque has oído hablar de Él; yo he aprendido a conocerlo mediante el sufrimiento».

Estas palabras eran muy ciertas. No significaban que Star conociera a Dios sólo por su inteligencia, puesto que ella también había sufrido; pero al hablar así, Mimosa hacía alusión a que su hermana podía leer la Biblia y otros libros, mientras que ella nunca había tenido ese privilegio.

No, su Dios no había sido un desierto. Había sido su consuelo en la soledad. Él sabía también que nadie le había enseñado a orar y que no conocía ni la primera letra del alfabeto. Como una madre enseña a su hijo, Él le había enseñado a orar. Y ahora, para disipar sus temores, la visitaba una vez más, y con tanta bondad como cuando le envió la comida de la media noche.

## Las cinco rupias

Todos esos sentimientos interiores nos fueron relatados por Mimosa misma cuando volvió a Dohnavur más tarde. Normalmente no hablaba de sus experiencias personales; las guardaba íntimamente, al abrigo de las vanas conversaciones. Pero cuando se dio cuenta de que, entre nosotros, los hijos de Dios, solicitábamos el constante cuidado del Padre celestial hasta en los más pequeños detalles de la vida, nos encontramos en el mismo terreno. Empezó, pues, a contar algunas de sus experiencias. Nosotros escuchábamos, admirados por las distintas manifestaciones del amor de nuestro Dios. Recordábamos aquella única tarde, muchos años atrás, en la que Mimosa recibió grandes impresiones: su asombro al entrar por primera vez en un hogar cristiano, su alegría al encontrarse con su hermana, lo que le habíamos contado en relación con la Verdad, verdad que habíamos sembrado con tan poca fe, casi olvidando que la verdad de Dios es imperecedera. En fin, recordábamos el horrible dolor de los últimos momentos, dolor que nos parecía lo suficientemente grande como para ahogar esa pequeña semilla. Sin embargo, lo que había sido sembrado en condiciones tan desfavorables había crecido, echado raíces y dado frutos como un bello arbusto plantado junto a un arroyo. Nada de esto habría sucedido si el Señor Jesús, en su insondable amor, no se hubiese ocupado de ella.

En un momento en que el horizonte se oscurecía de nuevo, Mimosa recibió otro testimonio de los cuidados de su Dios. Esto es lo que le sucedió:

El techo de la casa de Mimosa, hecho con palmeras, debía ser reparado. Bastaban cinco rupias para dejarlo en estado de soportar las fuertes lluvias traídas por el monzón, estas lluvias torrenciales que hacen del sur de la India un miserable lugar. Las habitaciones se hacen pensando solamente en el verano, olvidando con total imprevisión el invierno y la lluvia. Cambian las hojas de palmera muy seguido, porque en cuanto esas hojas comienzan a pudrirse, el techo deja filtrar el agua y, como dice el refrán, «se puede subsistir en una casa donde reina el dolor, pero donde el techo gotea, es imposible vivir».

Los alimentos eran caros y los hijos de Mimosa habían llegado a la edad en que necesitaban comer bien. Mimosa sabía que debía pensar primero en alimentar a su familia. No podía gastar las cinco rupias, pese a que debía rehacer el techo.

Todos sus esfuerzos por ganar más dinero resultaban inútiles. Estaba al límite de sus fuerzas y no podía poner aparte ni un centavo. Nadie conocía esta situación sino sólo su Dios.

Un día, mientras Music y su hermano menor jugaban alrededor de la casa, pasó un cortejo de bodas con sus músicos a la cabeza. Cuando la polvareda levantada a su paso se dispersó, Music, que había gozado de la algarabía, vio algunos pedacitos de papel en medio de la calle.

En su casa, la única carta recibida era la de Star, encerrada cuidadosamente en una caja. No tenían libros ni diarios, pues hasta el más pequeño pedazo de papel debía comprarse en algún bazar o librería. Por lo tanto, Music se precipitó sobre ese tesoro, era justamente lo que necesitaba para envolver el pedacito de azúcar de palma que su madre le daba de vez en cuando como recompensa por su ayuda. Como uno de esos papeles estaba sucio, lo dejó y uno de sus compañeritos de juego, menos delicado que él, lo tomó.

—¡Mamá, mamá —gritó Music corriendo hacia la casa—, mira lo que encontré!

Y le pidió que guardara esas cinco hojitas de papel para envolver su azúcar. Su madre las tomó y observó que estaban impresas y recortadas de una manera especial.

—No es cualquier papel —dijo al niño que esperaba con impaciencia.

Recordó haber oído hablar de papel moneda, y aunque nunca lo había visto, pensó que esto bien podía ser. Llevó, pues, las hojitas a un vecino. Sí, cada papel valía una rupia, le dijeron. El otro niño se había llevado dos rupias y media, ella tenía cinco rupias. ¡Las cinco rupias que necesitaba! Pensó en su techo; pero era posible que se hallara el dueño de ese dinero; así, pues, esperó.

La noticia del hallazgo pasó de boca en boca y alguien se presentó a la puerta de su casa. Sí, su hijo había encontrado los billetes, confirmó ella, y fue a buscarlos. Pero, ¡cuán grande es la gracia de Dios! El hombre sonrió, sacudió la cabeza y dijo:

—Que el pequeño se quede con ellos. Y se fue.

Así pues, sin ser defraudada nunca, podía proseguir su camino con apacible confianza. Esta mujer, que vivía en una absoluta soledad moral, conoció a Aquel que prometió: “Daré aguas en el desierto, ríos en la soledad, para que beba mi pueblo, mi escogido” (Isaías 43: 20).

Esta historia, escrita, pierde mucho de su valor; primero, a causa del idioma, luego, porque debe caber en un libro. Es como el perfume que se disipa al entrar en contacto con el aire, como los colores del alba que se desvanecen al llegar el pleno día. Muchas veces he deseado que esta ojeada en la vida de aquella mujer hindú fuera comunicada con otro sentido más elevado que el de la vista y el oído.

## La carga de Star

Mientras tanto en Dohnavur, donde vivíamos con Star, sin conocer ella las circunstancias de su hermana, se sentía particularmente llamada a orar por ella. Mimosa y sus hijos nunca estaban fuera de sus pensamientos. Anhelaba escribirle para pedirle que viniera a vernos. Muchas veces estuvo a punto de hacerlo, pero sentía como una mano invisible que retenía la suya, nos contó una vez, poniendo su mano izquierda en la derecha para inmovilizarla. «No podía escribir; pensaba en Uza y el arca (2 Samuel 6:6). Sentía que no debía tocar, que esto no era cosa mía sino de Dios». Entonces oró pidiendo que los niños quisieran venir hacia los misioneros, pues muchas veces los deseos de los niños ejercen influencia en los padres. Lo pidió durante tres meses; luego estuvo presa de fiebre por cuatro días, lo que le permitió orar más intensamente. Fue una experiencia muy extraña para ella. A pesar de que deseaba mucho sanar pronto, pues nadie podía reemplazarla en su trabajo, parecía que tuviera otro trabajo que realizar: presentar a Mimosa a Dios.

Poco a poco su alma se llenó de paz y, aunque seguía pensando en Mimosa y sus hijos, aquella preocupación por ellos dejó de ser una carga para Star. Al quinto día le fue como si el Señor Jesús hubiera entrado en su cuarto. Pudo levantarse y, sin pasar por la convalecencia se sintió del todo bien. “Entonces él se acercó, y la tomó de la mano y la levantó; e inmediatamente le dejó la fiebre, y ella les servía” (Marcos 1:31).

Las cartas provenientes de su pueblo natal tardaban una semana en llegar a Star. Ocho días después llegó una de Mimosa, la primera que recibió de su hermana. Estaba escrita en varias veces, precisamente durante esos cuatro días de enfermedad.

¡Cuán poco sabemos sobre la influencia de nuestros actos, y cómo somos llevados de aquí para allá por esa mano invisible!

## Cabeza de mula

Volvamos atrás para comprender un poco cuáles fueron las causas que motivaron la respuesta a las oraciones de Star.

En la mal ventilada trastienda de un bazar hindú, al caer la tarde, un muchacho de unos catorce años trata de verificar unas cuentas que no alcanza a hacer bien. Hace una pila de monedas de plata, otra de monedas de cobre, las cuenta y recuenta, comprendiendo que hay un error, aunque no sabe dónde; el pobre está muy desconcertado.

—¡Cabeza de mula! —le dice su padre.

Es demasiado para el chico.

—¿Es justo que me llame usted «cabeza de mula»? —vociferó—. ¿Es mi culpa si no logro hacerlo bien? ¿Por qué no me mandó nunca a la escuela? ¡Déjeme ir a Dohnavur para instruirme!

Si al final de un día de fiesta hubiese explotado un petardo a sus pies, el padre no hubiese sentido más estupor que al oír esas palabras. Como atontado, miró fijamente a su hijo sin responder palabra.

A partir de ese día, esta idea se apoderó de Kinglet y no la abandonó más. Habló con su madre quien vio en esto una respuesta al suspiro de su corazón, ignorando aún la preocupación de Star.

Este deseo de Kinglet fue el motivo por el cual Mimosa dictó la carta a su primo. Decía a Star que desde hacía tres meses su hijo le suplicaba que lo dejase ir a Dohnavur. ¿Podría llevarlo a él y también a su segundo hijo? Quería consagrarlos a Dios. Su esposo consentía en dejarlos ir. ¿Cuándo podría recibirlos?

«Desde hacía tres meses»... No podía ser una mera coincidencia. Pero Star sabía también que «consagro mi hijo a Dios» podía significar poco o mucho. Ignoraba completamente lo que sabemos de la vida de Mimosa durante estos últimos años y no se figuraba que adoraba al verdadero Dios.

Lo que sí sabía, era que ese padre hindú no se daba cuenta de que sus hijos podrían volverse verdaderos discípulos de Cristo. Él había visto a muchos jóvenes, incluso a sus propios sobrinos, volver a casa durante las vacaciones, someterse a todos los ritos de la religión hindú, ¿para ser qué, finalmente? cristianos de nombre, quizás. Como antes, mantenían el distanciamiento entre las castas, que era lo primordial. Seguían viviendo como hindúes, sin preocuparse por los prin-

cipios cristianos cuando éstos los molestaban. En suma, eran iguales a sus antepasados, excepto con alguna educación más. ¿A quién le molesta un poco de barniz? No al padre hindú que conoce la calidad de la madera que recubre. Es cierto que existen algunas excepciones, pero son tan pocas que no hay de qué preocuparse.

Star escribió claramente que no se iba a la misión sólo para recibir una buena educación. Dijo que la meta era la conversión de los niños, su liberación de las castas y su consagración al servicio de Cristo; explicó además, qué medios se empleaban para alcanzar esta meta.

Fue una carta muy penosa de escribir; parecía que cerrara la puerta con llave. Y más penoso aún habría sido si hubiese sabido lo que sufrió Mimosa antes de escribir, si hubiese visto las lágrimas sobre el papel. Pero ignoraba todo esto. Aunque le habría sido mucho más agradable escribir a sus sobrinos que vinieran, debía ser honrada. La carta de su hermana decía tan poco; no obstante, Mimosa hacía alusión a su deseo de haberse quedado en la misión y deseaba que sus hijos lo pudiesen hacer también.

No es necesario tener mucha imaginación para representarse la impresión que recibió Mimosa al oír la respuesta de Star. Si ésta necesitó mucho valor para escribirla, no menos necesitó Mimosa para escucharla. Cada palabra caía como plomo sobre su corazón. Era imposible que su marido estuviera de acuerdo en dejarla partir.

Pero el Padre oíría la oración de su hija. ¡La había oído tantas veces ya! La paz reinó de nuevo en su corazón; oró nuevamente y lo que parecía imposible sucedió.

Sabemos lo que representa la puerta de una prisión. También sabemos lo que es un hindú; no el hindú influenciado por la civilización, sino el que ha quedado imbuido de todo el orgullo de su casta. Pues bien, la mente del hindú es todavía más tenaz que las barras de hierro de esa puerta. Hasta entonces, el padre había llevado una vida insignificante e inútil, no por eso era menos hindú. Todos los de su casta habrían estado a su favor si él se hubiese negado a que su mujer y sus hijos se fueran. No obstante, dio su consentimiento. Mimosa pudo escribir a la misión para anunciar su próxima llegada. Ese día su corazón cantaba con los pájaros.

## Nuevos sufrimientos

Estas cosas sucedieron mientras yo estaba fuera de la casa misionera, y Star no me puso al corriente de los sucesos. Ella no quería aumentar mis preocupaciones y el trabajo difícil que yo había emprendido esos días. De todos modos sabía que yo aprobaba sus decisiones, pues gozábamos de una hermosa comunión en nuestra querida casa de Dohnavur. «Blancos y negros, negros y blancos, todos juntos», dice una canción. Con nosotros era más aún; estábamos perfectamente unidos.

Star esperó varias semanas, después de las cuales llegó una triste carta de Mimosa que ella había dictado a su hermano, después de esforzarse mucho para persuadirle que escribiera. Decía que después de que el marido hubo dado su consentimiento para el viaje, se lo negó a causa de la oposición de su casta. Sin embargo, esperaba confiada; daba a entender que se preparaba para el día en que la puerta se abriera. Como Abraham “creyó en esperanza contra esperanza” (Romanos 4:18).

Ninguna luz, por débil que fuera, alumbraba su cielo. Pero, con el fin de estar lista para salir a la primera señal, vendió lo más preciado que una mujer hindú posee en su hogar: sus utensilios de bronce. Se los había regalado su padre y nunca más podría comprar otros iguales. En adelante debía recurrir a los cacharros de barro. Gracias al dinero obtenido, su holgazán hermano le prometió que los acompañaría, cuando su Dios le indicara que se marchase. Una parte del dinero serviría para proveer, durante su ausencia, a la manutención de las hijas de su hermano, a las que él desatendía vergonzosamente. El resto sería para los gastos del viaje. Sin embargo, el marido no cedía; la casta seguía manteniendo su oposición. Incomprendida como siempre por los demás, e incapaz de explayarse, Mimosa sufría mucho por esta situación.

En ese país donde debería predicarse la sabiduría a causa de su muy antigua cultura, los discursos de la gente están llenos de refranes que describen el dolor que causan las palabras crueles. A Mimosa no se las escatimaban. He aquí algunos de ellos:

«Las palabras crueles son como un hierro incandescente hincado en la oreja, o clavos plantados bruscamente en la madera verde; aceradas flechas que traspasan el corazón. Las palabras hacen más daño que los golpes; ser herido con palabras es como ser barrido por el viento y la lluvia».

Todo contacto con el mundo exterior era amargo para Mimosa, cada vez lo sentía más profundamente. Ya había sufrido demasiadas amarguras. «Otra vez volví a extender mi sari delante del Señor», nos dijo sencillamente. ¿Quién podía socorrerla sino aquel Salvador que había sufrido

por ella? Sólo Él puede comprender y tranquilizar al alma angustiada. Sin lugar a dudas podemos, desde ya, entrar en el santuario y contemplar la hermosura de Aquel que lo llena todo. Pero el gozo de su presencia sólo lo conoceremos en perfección cuando hayamos franqueado las puertas de perlas de la ciudad eterna. Mientras tanto, los que quieren seguir al Señor Jesús serán perseguidos. Tarde o temprano tendremos la experiencia de encontrarnos en esas profundidades donde nuestro amado Salvador nos invita a gustar “la comunión de sus padecimientos” (Filipenses 3:10).

Pero allí lo hallaremos. Jesús, nuestro Redentor, Aquel que murió y ahora vive, es el único que puede apacentar el corazón torturado por el dolor.

## Átate las sandalias

En ese tiempo, el marido de Mimosa vivía en una ciudad situada a unos 16 km de su pueblo. Ella podía haber venido a la misión sin que él lo supiera, pero era tan honrada que ni se le ocurrió hacerlo. Jamás flaqueó su fidelidad para con ese hombre falto de inteligencia, quien pasaba su tiempo soñando en vez de trabajar para mantener a su familia. Las mujeres hindúes son únicas en esto: aprendieron desde muchas generaciones atrás una abnegación y sumisión voluntaria incomparable.

De repente, Mimosa comprendió que debía partir. No podía explicar de dónde provenía esta intuición; sólo sabía que debía hacerlo. Lo mismo que Pedro, cuando fue liberado de sus ligaduras por un ángel, sintió que las cadenas que lo retenían cayeron milagrosamente. “Átate las sandalias”, había dicho con calma el ángel a Pedro, aunque cada minuto que pasaba era precioso (Hechos 12:8). Ella también preparó con tranquilidad lo necesario para el viaje. Conducida, visiblemente por el hermano que tantas veces la había maltratado, pero invisiblemente por la gracia de Dios, atravesó los diferentes barrios del pueblo, y las puertas de hierro se abrieron delante de ella, como se abrieron delante del ángel. Con su bebé en brazos, sus tres varoncitos y el tío caminando a su lado, tomó el camino que conducía a la localidad donde vivía su marido, sin saber lo que le esperaba allí.

Estaban muy cansados cuando llegaron a la ciudad del gran templo. ¡Qué terrible impresión causa recorrer esas calles! Los orgullosos brahmanes lo miran a uno de hito en hito, escondidos tras las rejas de hierro de las galerías donde duermen sobre tablas pulidas. Alzándose sobre sus codos examinan a los que pasan con una mirada que hay que haberla visto para comprender lo que se siente. Se los ve íntimamente persuadidos de su superioridad.

Caminando a través de los maravillosos claustros de ese templo extraordinario, se necesita mucha fe para no dudar de que llegará el día para ese pueblo hundido en tal paganismo, en que “corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo” (Amós 5:24).

Mimosa, objeto de la vergüenza de su pueblo, llegó a esta ciudad. Al pasar cerca de los muros del templo, los contempló con cierto temor. Son pocos, aun los más valientes, los que se atreven a mirar largamente esas aterradoras murallas; se sienten obligados a volver el rostro.

Mimosa sentía que su fe desfallecía al pasar delante del famoso monumento; estaba impresionada por todo lo que la rodeaba y la presencia de su hermano aumentaba su sensación de impotencia. Él había gustado la buena Palabra de Dios, pero no hubo ningún cambio en él. ¿Quién triunfaría en la larga lucha entre el bien y el mal? El diablo, podía pensar la pobre Mimosa.

## Oprimida, pero no desesperada

Mimosa llegó a la casa de su marido tarde en la noche. Allí reinaba una espantosa confusión. Ya había llegado la noticia de su proyecto, lo que sacudió a su indolente marido como también a sus vecinos. La casa se llenó de gente, estaban encolerizados. Todos gritaban juntos, maldiciendo, protestando y acumulando denuncias sobre la cabeza de la pobre mujer.

—¡Es una locura, una abominación, una mancha atroz, la destrucción de la casta! —gritaban, gesticulando y echando furiosas miradas.

—¡Es mejor tirar a los niños al río o abandonarlos en la jungla!

Mimosa estaba en medio de ellos sin protección. Conocían muy bien la medicina secreta que la gente de Dohnavur empleaba, decían. Era polvo blanco, y servía para hacer cristianos a las personas. Se la darían a los niños, como muchos años atrás, se la habían dado a su desgraciada madre. ¿Acaso no se había vuelto muy rara desde entonces? Los niños olvidarían las buenas costumbres y traerían la vergüenza a su casta por medio de actos que no podrían tolerar.

Kinglet escuchaba atentamente todo esto y estaba indignado. ¿Esto hacían en Dohnavur? Entonces, no iría, por supuesto. Pero Mimosa se mantenía firme en su proyecto.

—¿Tiraré a mis hijos al río o en un pozo cuando he trabajado por ellos como un hombre? ¡No, por cierto! Iré a Dohnavur y volveré.

Cuando todos se quedaron roncacos de tanto gritar, se dispersaron. Mimosa, demasiado agitada para comer algo, aunque muy tranquila en apariencia, se acostó al lado de sus hijos y trató de dormir. Estaba oprimida, pero no desesperada. Su decisión ya estaba tomada: se marcharía al alba hacia Dohnavur.

Pero al día siguiente el marido puso otras objeciones.

—Nunca te dejaré salir —dijo.

«El que trae suerte» se puso a favor del padre, hablando con decisión. Quería que dijeran a su tía que ya había andado 16 km de camino, que sus pies le dolían mucho y que iría en otra oportunidad. Esta actitud apoyaba al padre. Su cuarto hijo se quedaría pues con él; en cuanto al mayor, quien parecía poco dispuesto a ir, sería muy fácil retenerlo. Para mayor seguridad, el padre lo llevó y lo encerró bajo llave en un cuarto por si cambiara de opinión en el último momento. Ahora estaba tranquilo, la madre no se iría dejando a dos de sus hijos allí; por lo tanto, nadie iría.

¿Qué haría Mimosa? Sabía que debía partir, pero ¿cómo? ¿Debía irse sin sus hijos? Esperó en silencio, como era su costumbre en momentos de gran dolor. Tal vez podamos imaginarnos los sentimientos de esa mujer en aquel instante. Las voces que la rodeaban resonaban débiles en sus oídos, como si llegaran desde muy lejos. Oraba en silencio. Esos hijos que el Padre le había dado y por los cuales había recibido, también de Él, la fuerza necesaria para trabajar año tras año, ¿se los quitarían uno tras otro para ser educados en lo que ella aborrecía? Ella misma había bebido un día de la fuente de agua de Vida. ¿Deberían sus hijos permanecer sedientos durante toda su vida? ¿Podía dejar dos de ellos atrás, sabiendo cómo los familiares aprovecharían la ocasión? ¿Qué aprenderían en esta ciudad pagana mientras ella estaría ausente? El pecado, aunque cubierto de flores es pecado. Allí donde no reina el temor de Dios, reina el mal en todo su horror. La pobre mujer lo sabía muy bien, y sin embargo, con el ánimo que da la fe, pudo confiar sus hijos a su Padre celestial. Estaba persuadida de que debía seguir su camino, aunque esto le desgarraba el corazón. Se marchó, pues, llorando, llevando en brazos a su bebé, y con Music, de siete años, tomado de la mano. Su hermano la seguía de mala gana.

Kinglet oyó la voz de su madre que se alejaba. No lo pudo soportar, y forzando la puerta de su prisión, corrió tras ella. Mimosa oyó su pasos y se detuvo.

—¡Madre, madre, se lo suplico, no vaya, le darán el polvo blanco!

Ella no recuerda qué contestó. Sólo sabe que no intentó persuadirle que la siguiera. No tenía fuerzas para discutir, por lo que siguió su camino en silencio. Y Kinglet fue tras ella.

Entonces, levantando las manos al cielo con un gesto de adoración, confió su pequeño tesoro de cuatro años, al que nunca había dejado solo, a la bondad de su Padre celestial y prosiguió su camino con valor hacia Dohnavur. Fue una marcha penosa para todos. El día anterior, habían dejado la casa con una merienda liviana. Al llegar a la casa del padre, los niños habían comido, pero Mimosa no tomó nada, ni entonces, ni cuando salió. Y ahora, con un sol abrasador, avanzaban silenciosamente, demasiado cansados para hablar, ni soñar siquiera con volver atrás.

Dos días después llegaron a Dohnavur sin que se los esperara.

## ¿Es Mimosa?

Yo estaba en un apartado rincón de la misión, cuando un niño llegó corriendo para anunciarme la llegada de Mimosa. Mientras atravesaba apresurada el patio recordaba del pasado una jovencita, delgada, con su traje anaranjado y carmesí, con lindos anillos de plata en los brazos. Recordaba sus ojos negros que trataban de sonreírme a través de sus lágrimas, y sus pequeñas manos que nos decían adiós. Los veintidós años pasados parecían nada más que veintidós minutos: ¡Mimosa había vuelto!

—¿Dónde está? —pregunté al niño que corría a mi lado.

—En la galería, con Star.

Un instante después, llegué. Delante de la puerta estaba el hermano de Mimosa; al verlo experimenté dos sentimientos contrarios: tristeza y alegría, pero el primero prevaleció.

—¡Oh, Siervo de la justicia! (era el nombre que recibió el día de su bautismo), ¿eres tú?

Entonces la mujer que estaba a su lado se volvió bruscamente, una mujer vieja, muy vieja, y ¡tan cansada! ¿Mimosa? ¿Era realmente Mimosa? La jovencita de vestido rojo, de joyas relucientes, de brillantes ojos negros, ¿dónde había quedado?

Un momento después estaba en mis brazos como una hija perdida durante mucho tiempo y al fin hallada. ¿Lágrimas? Sí, las hubo. ¿Quién las hubiera podido retener? A través de las mías, vi una mujer tan gastada, que parecía ser mucho mayor que yo.

A su lado estaban dos varones robustos y hermosos, pero muy cansados; apretaba en sus brazos un bebé que no quería saber nada de nosotros. Sus señales de protesta cuando nos acercábamos a él brindaron alguna diversión; su madre se secó los ojos con el revés de la mano, consoló al bebé y la tranquilidad reinó de nuevo.

Al principio, no se podía recordar en ella a la jovencita de antes, salvo sus dulces ojos negros, pero poco a poco, a medida que descansaba, volvimos a encontrar en ella lo que nos era tan querido y familiar. Sus modales no habían cambiado, su inteligencia era vivaz, tenía la misma comprensión de las cosas espirituales que nos impresionó en las dos hermanas. Su aire avejentado ocultaba estas características. Star, quien tenía dos años más que ella, parecía mucho más joven. Había estado cuatro veces a las puertas de la muerte. Los médicos creían que no sobreviviría; só-

lo nuestra confianza en Dios nos sostuvo. Star nunca sería muy fuerte, pero al lado de Mimosa, tan gastada y cansada, parecía como si su vida se hubiese deslizado sobre aguas tranquilas. Sin embargo, los ojos de Mimosa hablaban de victoria y de paz: «Como muertos y he aquí vivimos».

¿Qué será de tales seres cuando se hayan revestido de la inmortalidad? Liberados de todas sus trabas, la vida del Espíritu aparecerá entonces en todo su esplendor. ¿Cómo será para ellos cuando, escapando del tiempo y del espacio, se encuentren en lo infinito? Les “será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:11). ¡Qué contraste entre las pruebas y los dolores de la vida terrenal y la alegría que llenará las moradas eternas!

## Un vistazo al pasado

Durante los días siguientes pudimos disfrutar de largas conversaciones; eran como miradas a través de ventanas abiertas al pasado. No creo que en la India se mire con frecuencia de esa manera en la vida de alguna persona. Cierta timidez se desliza, como si se hablara detrás de un vidrio. Así que es poco lo que se puede ver de esas vidas. Estamos, pues, agradecidos por haber podido acceder, aunque no mucho, a la intimidad de un alma.

Al recordar esas pláticas, me pareció que se nos había comunicado algo desconocido; era una historia demasiado hermosa para guardarla sólo para nosotros.

Una tarde, estábamos sentadas en una roca, mirando en silencio los tintes rosados del sol poniente que se extendía sobre las montañas. Le pregunté a Mimosa cómo logró saber lo que debía hacer y lo que no debía hacer en cada circunstancia de su vida, mientras que actuando en contra de su conciencia, se hubiera allanado considerablemente el camino. ¿No hería siempre a los que la rodeaban con principios que no podían comprender?

Las festividades, por ejemplo, son para los hindúes como la trama de una alfombra, de tal modo que sin ellas no existen ni la religión, ni las costumbres, ni todas esas cortesías que hacen agradables sus vidas, como los colores y los diseños que adornan la alfombra. ¿Cómo concebir la vida de los hindúes sin esas festividades? ¿Cómo dejarlas de lado sin ofender a su prójimo?

—Cuando Kinglet era todavía un bebé —contó Mimosa—, mi cuñada me rogó que la acompañara a una fiesta en el templo. Todos mis vecinos y familiares iban, yo también fui. Hubo mucho ruido y algarabía; al atardecer, el ruido del tambor y otros sonidos extraños me dieron tan penosa impresión que no volví nunca más.

—¿Y las ceremonias y las fiestas de familia?

—Asistía a ellas cada vez que podía. Pero durante los ritos y las ceremonias del Rincón, cuando las mujeres balanceaban los incensarios, yo me quedaba afuera. Esperaba a que colocaran las cenizas de Siva en sus frentes y volvía hacia ellas para demostrarles que, a pesar de todo, las amaba.

De esa manera solía obrar Mimosa. No supo explicarme por qué sintió que le era posible asistir a ciertas ceremonias. Solamente me dijo que no se sentía a gusto en esos medios, le daba la impresión de ser una extranjera entre ellos.

Nosotros los cristianos poseemos la Palabra de Dios como guía de cada día; Mimosa no tenía Biblia, ¿cómo pudo seguir el camino sin perderse?

Mientras conversábamos, el sol se puso, y el cielo mantuvo un tinte rosado; una sola estrella iluminaba el espacio con su claridad. Pensé que Mimosa había tenido también una estrella para guiarla, y muy brillante, por cierto. Aquellas palabras preciosamente conservadas en su corazón, las que le habían revelado el amor de Dios para con ella, fueron suficientes para protegerla en medio de tanto peligro; le dieron gozo y esa paz que sobrepasa todo entendimiento.

## **Adiós, hermanitos**

Después de unos días de descanso, la madre sintió que debía marcharse. No podía estar quieta entre nosotros mientras su pequeño «El que trae suerte» abría sus grandes ojos a toda clase de cosas que no olvidaría nunca. También tenía miedo de que oyera palabras que todo su cariño de madre no bastaría para borrar de su memoria.

Habíamos llevado al bebé a nuestro pequeño hospital a pesar de sus enérgicos gritos de protesta. La enfermera cuidó sus heridas; había sufrido a causa de la dura vida que llevaba su madre. Hubiésemos querido tenerlo hasta su completo restablecimiento, aunque estos pocos días habían bastado para transformarlo de un bebé molesto y enfermizo en un niño lindo y sonriente. La mirada de su madre se iluminó oyendo las alegres carcajadas de su querido quinto hijo y viéndolo asentir con su cabecita vendada cuando le preguntamos: ¿Quieres volver para la fiesta de Navidad, pequeño «Don de Dios»?

Temíamos verlos partir. Los muchachos estaban con los demás niños en el cuarto de juegos; habían decidido quedarse. Mimosa ya se había despedido de ellos en particular; les dio una última mirada en la que puso toda su alma.

– ¡Adiós, hermanitos! – dijo agitando su mano hacia donde estaban los niños en tropel, indicando así que los suyos eran nuestros y los nuestros suyos; todos estaban incluidos en su adiós–. ¡Que la paz sea con ustedes, hermanitos! – agregó.

Así fue como nos dejó, sencillamente y con buen ánimo.

## El regreso de Mimosa

Cierto día recibimos una carta de Mimosa en la que nos decía: «Les ruego que me vengán a buscar, puedo ir». ¿Cómo era posible? ¿Qué había sucedido?

Mucho tiempo después, supimos cómo Mimosa había hecho el viaje de regreso a su casa. No nos había dicho que se iba sin un centavo. Después de su salida, sentimos temor y mandamos a un empleado tras ella con lo necesario para que pudiera llegar a su casa. Pero él no se dio prisa y no la encontró.

Durante el primer tramo fue bien, pues uno de nuestros familiares la acompañó. Pero cuando la dejó, después de recorrer aproximadamente 25 km en carreta de bueyes y en tren, todavía le quedaban unos 8 km que caminar, llevando al bebé y un paquetito de ropa. De repente se sintió muy cansada. Se sentó a la vera del camino, sola, desolada, pues una mujer hindú nunca se queda sola en una ruta. Su hermano, al que había pagado para que la acompañara, se había vuelto una semana antes.

—Padre —dijo levantando los ojos al cielo—, estoy cansada, gasté todo lo que tenía para llevar a mis hijos a Dohnavur, no puedo tomar una carreta. Usted sabe que debo volver a casa. En su gran bondad, deme la fuerza para seguir caminando.

Se quedó unos instantes allí, repitiendo en voz baja: «¡Padre, padre!». Esta palabra le trajo consuelo; se levantó, caminó lentamente deteniéndose de cuando en cuando, para llegar, al fin, andados los 8 km. Ya sin fuerzas, se recostó sobre su estera, su bebé a su lado, suspirando por un vaso de agua.

Poco después, para su gran alivio, vio entrar a una parienta que supo de su regreso. Emocionada al ver a Mimosa en ese estado, sacó agua, encendió el fuego y preparó la cena.

Desde su estera Mimosa la observaba. Aumentaba la oscuridad y, junto con su fatiga, aumentaba su tristeza. Pronto la casa quedó oscura, excepto la luz del pequeño fuego hecho con las ramas que había preparado antes de irse. Se sentía en una oscuridad completa, le faltaba su pequeño Music; el bebé estaba cansado y rezongón. ¡Pobre niño! Normalmente no era así, pero había soportado tanta rudeza últimamente. El cansancio de la madre era más grande aún, pero en el fondo de su corazón se alegraba al pensar en sus hijos. «¡Si pudiera estar segura de verlos al menos una vez al año!», había dicho a Star en un momento de debilidad. Pronto se había serenado, porque sabía que le sería imposible. Sus hijos conocerían la verdad y podrían ser felices, ¿qué importaba todo lo demás? Estaría junto a ellos con el pensamiento, con amor, imaginando

sus ocupaciones. Una vez más los encomendó en las manos de su Padre celestial, de la misma manera que lo había hecho tantas veces, lo cual traía paz a su corazón: «Para usted, padre». Con estas palabras expresaba lo que siente un niño que aprendió a dar algo que quisiera conservar.

Al día siguiente le trajeron a «El que trae suerte». Este hombrecito tan decidido había resuelto volver a su madre y esta voluntad allanaba muchas dificultades.

Los días pasaron, y como el marido hacía caso omiso de su mujer, ella dedujo que no quería reconocer como propia a una mujer con tendencias religiosas tan extrañas para su entorno. Ésta fue la razón por la cual se sintió libre para reunirse con nosotros. Poco a poco una idea se forjó en su espíritu: iría a Dohnavur y aprendería a leer. El Libro divino no sería letra muerta para ella. Encontraría esa agua viva por la cual suspiraba tanto. Entonces, decidió escribirnos.

En cuanto recibimos su carta, enviamos a nuestra fiel compañera Perla a buscarla; ésta trabajaba con nosotros desde hacía casi treinta años.

Volvió con Mimosa, su fuerte hijo de cuatro años, su bebé de diez meses y una pobre sobrinita abandonada que Mimosa había recogido.

—No la podía dejar —nos dijo—, puesto que no podría abandonar ni siquiera a un perrito vagabundo.

La alegría de Mimosa al estar con nosotros estaba empañada por el temor, pues le parecía que no podía durar tanta felicidad. Pasó un mes antes de que desapareciera su inquietud.

Un día, su marido vino a visitarla a Dohnavur. Ella le dijo que volvería a casa, si él lo deseaba, cuando supiera leer, ya que no quería estar más tiempo sin poder leer la Biblia. Había vivido muchos años andando a tientas, ciega, tropezando. Ahora sus ojos se abrían, quería ver, y ver con claridad. Cuando estuviera lista, volvería.

Aunque su marido no aprobaba esta decisión, la dejó libre y se fue. Desde entonces, la esperanza de Mimosa fue que su marido volviera y deseara aprender él mismo.

El había observado con asombro que allí reinaba la alegría. A su llegada, había encontrado a sus hijos jugando. Kinglet practicaba fútbol con los más grandes. Music y un compañerito jugaban con un viejo triciclo, mientras que «El que trae suerte» montaba un caballito de madera. El padre los llevó aparte y les preguntó:

—¿No quieren volver conmigo?

Los niños permanecieron silenciosos. No querían afligir al padre, pero tampoco deseaban volver. Music tuvo una feliz inspiración para resolver el problema.

–Hágase un hombre de Dios y quédese con nosotros –le dijo.

Music tenía una hermosa mirada, como la de su madre. Frente a esos ojos clavados en los suyos, el padre no encontró respuesta alguna. Tal vez esa mirada lo haya perseguido durante mucho tiempo. Se fue, sin probar bocado para no manchar su casta.

## El amor vencedor

Sólo nos falta contar lo que para Mimosa resultó una gran felicidad después de tantos sufrimientos. Cierta domingo por la tarde, cuando el sol doraba el cielo con sus últimos rayos, fuimos a la orilla del Lago Rojo, al pie de las montañas, acompañadas por mucha gente del lugar. Y mientras grandes y pequeños formaban un semicírculo en la ribera, Mimosa descendió solemnemente al agua para ser bautizada. Su marido, quien había vuelto para ese día, la miraba mudo y confuso.

Para aquellos que hacía poco tiempo que estaban con nosotros, esta ceremonia no era otra cosa que una alegre fiesta de bautismo; para nosotros, al recordar el pasado, ¡cuánto más significaba!

Hoy en día, Mimosa se halla otra vez en su entorno hindú tan extraño. Nos escribe que algunos se asombran, otros se burlan de ella; no obstante, algunos comienzan a escuchar.

Su marido, a quien desea ardientemente ganar a la fe, siente que ella le llena de vergüenza. Sin embargo, lo extraordinario es que reconoce por esposa a alguien que deshonró su casta, la que no permite a una persona bautizada seguir perteneciendo a la casta.

La vida de Mimosa no puede ser fácil, nunca pidió que lo fuera; solamente oró que le fueran dadas la fuerza y la paciencia necesarias hasta el fin.

En estos felices momentos de su vida, cerramos la historia de Mimosa. Hemos contado la primera parte de ella a fin de alentar, si fuera posible, a los que, turbados por los acontecimientos sombríos de hoy en día, se sentirían tentados a pensar que Dios ya no se manifiesta como antes. También deseamos despertar el interés de los que todavía no han comprendido lo grande de la obra misionera.

¿Alcanzaremos nuestra meta? ¿Se puede oír hablar de esta mujer hindú, sola para hacer frente a tantas dificultades, pero protegida, consolada, fortalecida, alimentándose del pan que el mundo desconoce, saciada con las fuentes del Agua de Vida, sin convencerse de que el amor de Dios obra de mil maneras? En este instante, este amor trabaja en silencio en muchos corazones. ¿No es este relato un brillante testimonio del poder del Dios invisible?

¡Cuántas almas hay por las que hemos orado durante muchos años! Y sin embargo, permanecen indiferentes al amor de Dios. No nos desalentemos si aún no vemos los resultados esperados, o si nos parece que nos movemos sobre arenas movedizas. El amor encontrará el camino, y al fin triunfará.

Quien visita estas regiones lejanas se encuentra cara a cara con las fuerzas brutales del pecado; conoce a veces lo que es temblar, al comprobar la casi omnipotencia del príncipe de este mundo. ¿Será fortalecido al leer estas páginas? En lo más oscuro del paganismo, como también en los países llamados cristianos, en todo corazón donde el amor de Dios pueda entrar, encontrará un eco y llevará fruto, pues nada que esté en el cielo, en la tierra o debajo de la tierra es imposible para Dios.

La oración es como el escudo en la batalla, como el fresco rocío de la mañana, un viento fresco en un día abrasador, como la luz de la luna y las estrellas de la noche. Fortalecerá a los que, tocados por el amor de Cristo, le siguen hoy en día, aunque estén totalmente desconocidos. Es muy posible que Dios tenga otras Mimosas en el mundo.

\* \* \*

Estamos seguros de que nuestros lectores desearán conocer algunos detalles de lo que le sucedió a Mimosa y a su familia después que esta historia fue escrita.

El Señor le dio dos hijos más: una niña y luego un niño. Mimosa tuvo el gozo de ver a su marido volverse hacia Dios y más tarde ser bautizado. Siguió viviendo con él en su pueblo, aunque nos visitó a menudo. En 1938, enfermó gravemente y la trajeron a nuestro hospital. Allí permaneció en paz hasta que fue llevada para estar con el Señor.

Kinglet es, desde hace varios años, un colaborador en la misión de Dohnavur, donde asume gran parte de las responsabilidades. «El que trae suerte» trabaja también en la misión, se ocupa principalmente de los muchachos. El quinto hijo, aquel que traía desgracias, a quien llamaron luego «Don de Dios», se casó. Después que su esposa falleció, y en respuesta al llamado de Dios, volvió a la misión para trabajar en la granja. En cuanto a los dos últimos hijos, ambos están casados y viven en otra parte.